

DIEGO LÓPEZ RICO.

BRONCES JEREZANOS



ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

— M. MARTÍN —

BIBLIOTECA MUNICIPAL

Jerez de la Frontera

929
JER
lop

R. 3316

"BRONCES JEREZANOS"

(Semblanzas)

POR

::: Diego López Rico :::

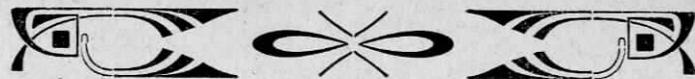


Precio **DOS** pesetas

AÑO DE 1917.

Establecimiento Tipográfico de Manuel Martín; José Luis Díez, 7.

JEREZ DE LA FRONTERA



P Ó R T I C O

— —

Es propiedad del autor, que se reserva todos los derechos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

¿Que por qué el autor bautizó con el nombre de «Bronces Jerezanos» la presente obra?

Lo motivó, no ya sólo el dar idea al que en sus manos la cogiera, de la índole de los trabajos que la forman, diciéndole, a poco esfuerzo, que se trata de mal perfilados retratos, semblanzas, bustos o bronce; sino la intención de recórdar al pueblo en que nace lo torpemente que se conduce dejando de erigir los monumentos modestos que ampliamente se han merecido algunos de los hombres que en este libro figuran, por sus honrosas cruzadas de altruismo, de caridad y de progreso.

Jerez—pena nos dá el decirlo—no cuenta en el día de hoy más que con un sencillo pedestal sobre el que un filántropo jerezano, llora con invisibles lágrimas, el descuido bochornoso y el lamentable abandono en que se le tiene por par-

te de los hijos de los que fueron testigos de sus hazañas humanitarias. Cuando siempre se ha dicho que *el pueblo que a los suyos honra se enaltece a sí mismo*.

Y es por eso, que a suplir la imperdonable falta de los que con el autor de «Bronces Jerezanos» supieron del bien que prodigó la mano de determinados ilustres patricios, expone a la vindicta pública la galería de personajes de que, con el auxilio de su pluma por único cincel o buril y su fantasía aplicada esta vez a la realidad, se hizo en breve espacio de tiempo.

Y bastará la buena acogida que el pueblo le dispense a premiar su obra, en gracia al servicio desinteresado que brindó a aquél redimiéndole de su delito de apatía y en mérito a la labor impuesta al volver por los merecimientos de los siluetados.

El Autor.



Excmo. Sr. Marqués de Casa-Domecq

Caballero de la Orden de Calatrava, Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica, ganadero afamado y copropietario y gerente de la Casa "Pedro Domecq y Compañía."

Vá jinete en su trotón brioso por la ancha calle llena de sol cuyos rayos doran el espejo terso de las ancas del bruto, orgullo de sus cuabras. Parece que no tiene prisa en llegar al vetusto palacio que le alberga, según marcha de pinturero y reposado el hermoso alazán que monta con destreza. Y en la mano las riendas acharoladas y en el rostro sereno la franca sonrisa contesta afablemente a cuantos saludos saltan a su paso, entre fugaces gestos y contracciones nerviosas.

Porque el señor Marqués de Casa-Domecq tiene la característica de sus nervios inquietos que le estremecen a intervalos poniendo un sello especial en su persona.

Y es, ciertamente, su figura simpática en extremo.

De estatura mediana, robusto, sin llegar a una obesidad exagerada, de rostro en el que no se posó jamás la adustez y en el que destacan, revelando su nada vulgar inteligencia los ojos avizores y penetrantes, el por tantos conceptos célebre ganadero y exportador jerezano, vive para todo, perseverando en el bien de los que le rodean impulsado por un profundo sentimiento de caridad y filantropía de las que no es fácil hallar al fin.

Entregado por entero a sus industrias compuestas de una ganadería caballar famosa en el mundo y un negocio bodeguero incomparable como el que sostiene la vieja Casa "Pedro Domecq y C.^a" de la que es copropietario e insustituible gerente, aún le dejan tiempo las ocupaciones impuestas por aquellas para dedicarse a la práctica de obras piadosas que son muchas y de las que saben un número inconmensurable de familias necesitadas. Harto proverbial es este espíritu de bondad en el Excmo. Sr. Marqués de Casa-Domecq, para que ahora vayamos nosotros a cantarlo, que alcanzó tal renombre su piedad desmedida y sin límites entre los que tuvieron alguna vez ocasión de ser testigos de sus acciones emanadas de las santas y puras fuentes de la generosidad y la misericordia, que fueron luego *vox pópuli* diversas anécdotas que atesoran

como páginas de oro del libro de su vida, los más heroicos hechos de este elegido de la Caridad y del Amor al prójimo.

—Los individuos así no debieran morir nunca —dicen los que le conocen y tratan.—Con dos como él no se enseñorearía la miseria de muchos hogares paupérrimos.

¡Y hablan con la verdad y el corazón los que así hablan: estos hombres debieran ser eternos a la manera de sus obras!

* * *

Hubo en la antigua Roma un magnánimo César que la Historia ha inmortalizado para ejemplo de los que en sus manos tienen el bien y la prosperidad de los pueblos. Tito, hé aquí el nombre del Emperador inolvidable, hizo gloriosa la sencilla frase con que al darse al descanso tras la labor cotidiana que el trono le imponía, terminaba el balance mental de sus horas de reinado: Hoy he socorrido una necesidad; puedo decir que aproveché el día.

El Marqués de Casa-Domecq es de la fibra de aquel grande árbitro de los destinos del Imperio, una de las guerreras águilas y los bardos soberanos a quienes llamaron Virgilio, Horacio y los Escipiones.

¡Para hacerlas también inmortales quisiéramos nosotros recoger de sus labios las palabras de honrada satisfacción con que cierre

sus piadosos cálculos, en la muerte del sol, nuestro ilustre siluetado!

* * *

Cómprense en los presentes tiempos los títulos de Nobleza que salen al mercado de la cotización por aquellos ambiciosos de lustre que no supieron conquistar otra cosa que dinero—vil metal, diablejo amarillo que se apodera de lo mejor de las almas—a costa de muchos sacrificios y muchas abnegaciones que nadie agradeció.

Está al alcance de toda mediana fortuna la posesión de un marquesado; es cierto, ¿pero, qué heroicidad ni qué alto ejemplo de altruismo llevó a cabo el que logró tal heraldo de nobleza é hidalguía que no se toca ni aparece en la vida muelle y gomosa de nuestros modernos señores feudales, ajenos en su mayor parte a la desgracia y a las miserias de otros hombres?

El Marqués de Casa-Domecq ha roto en estos tiempos con los novísimos moldes y ha vuelto a los viejos procedimientos que capacitaban para la honrosa ostentación de los bien ganados blasones.

Y ayer, hace dos, tres años, le fué expedido el premio que merecían sus actos de civismo sano y sus nobles sentimientos de humanitarismo, dándole derecho a presentarse en el mundo, no por eso más encendido en filantropía, como un continuador glorioso de la más rancia extirpe de nuestra antigua Grandeza.

* * *

Vice-cónsul de Bélgica, el país para el que se hicieron todas las vicisitudes y todos los infortunios que trajo aparejados esta lucha monstruosa que aún sigue librándose en los campos europeos, el Marqués de Casa-Domecq, de quien nos complacemos en hablar en «Bronces Jerezanos» vivió hasta ahora limpio de apasionamientos y malquerencias hacia ninguno de los bandos beligerantes que guerrear, en contra ya de la lógica y la justicia a las luces de cualquier cerebro imparcial y equilibrado.

Y es que la bondad y el religioso criterio del hidalgo jerezano veló esa animosidad razonable un tanto en aquel, a quien como en cosa propia, tocaron al sagrado del pabellón que representa.

* * *

No dejaremos la pluma, dispuesta al descanso que le prepare para la jornada que le aguarda, sin insertar en esta silueta las galantes frases encomiásticas—cual a un noble de corazón convienen—con que el admirado ganadero y exportador hizo un madrigal ingenuo a la mujer jerezana representada por unas guapas muchachas nacidas bajo el cielo añil que nos cobija por ventura nuestra, en ocasión de haber agasajado al romántico Rey Alfonso XIII, brindándole en sus bodegas con un baile andaluz: Señor, también esto lo dá el vino—y señalaba al grupo de mozas—.

Tal es la semblanza del Excmo. Sr. Marqués de Casa-Domecq, Caballero de la histórica Orden de Calatrava y Gran Cruz de la de Isabel la Católica.



D. Pedro Díaz López

Rico exportador de vinos, propietario de la acreditada marca "El Vencedor", honrado político liberal y primer teniente de alcalde del Ayuntamiento jerezano.

—Yo, señores concejales, (pausa) no quisiera (nueva pausa) molestar demasiado vuestra atención; (otra pausa) pero es el caso... (ahora somos nosotros los que hacemos pausa.)

Y decimos: ¡Hé aquí al orador!

* * *

¿No habeis gustado, por fortuna, los vinos de la celebrada marca «Pedro Díaz López»? ¿Si? Pues mucho más generoso y bastante más excelente que los caldos afamados de sus bodegas, es el espíritu sencillo y noble de la persona que nos ocupa en la semblanza que al lector brindamos.

No cuadra a la honorable figura del señor Díaz López aquella frase hecha con que es costumbre definir el mal caracter de ciertos individuos diciendo: tiene cara de pocos amigos; antes al contrario, la afirmación de que la cara es el espejo del alma halló en él su más rotunda verdad. Y fué en el sentido de amplia bondad y extrema sencillez.

Es inconfundible el modo de ser del conocido exportador jerezano. Su paso tranquilo, majestuoso, de hombre a quien no atosigan los azares inevitables de la vida moderna que proclaman como génesis la crisis pecuniaria de un lado y de otro los obstáculos existentes en la actualidad para la consecución de intereses mezquinos que hagan el vivir no más que llevadero, y su condición de burgués de costumbres reposadas, le han dado una característica especial por la que se le distingue de la generalidad de sus conciudadanos.

No pasea su juventud, ni mucho menos, por las calles del pueblo que le arrulló con su peregrino ambiente en sus primeros años, el hombre todo simpatía y llaneza que brinda su afabilidad nada corriente al que con la suya, difícil, eso sí, cruza su palabra.

Como de unos 50 años de edad, D. Pedro Díaz López, bodeguero admirado y político altruista, nos sale al paso *in mente* con su rostro ancho,

de beatitud, su cuerpo de regular estatura, grueso y de aire pacífico y solemne.

Nadie sabe de la existencia de sus enemigos en ninguno de los terrenos político y privado.

Y es que si en algún asunto económico o administrativo concerniente al Municipio que nos rige y gobierna y al par nos arrastra a la bancarrota y a la ruina, tomó carta, lo hizo por plausible interés propio, escuchando siempre el sano dictado de su conciencia aparejado a la conveniencia del partido que integra.

Pruébalo su expuesto honroso presentado al Concejo jerezano con motivo de la situación insostenible por que aún atraviesa la citada entidad público-administrativa, en 1916, y en el que se incluían cálculos y deducciones muy aceptables a salvar en parte el descalabro de las arcas municipales. Ni lo inspiró la idealidad que es patrimonio de nuestro temperamento meridional ni era puramente práctico y realizable por entero. Sí acreditó al digno concejal de estudioso y activo dándole patente de persona talentosa que se preocupa del porvenir de los que le elevaron al cargo honorífico que ostenta, como premio a la confianza que en su altruismo y honorabilidad pusieron en la defensa de sus intereses sagrados.

Así, descubriéndole de antemano tales disposiciones los miembros de la Corporación a que pertenece, en la última votación efectuada en el

seno de la misma, fué elegido teniente de alcalde, siendo a estas horas el número uno de sus compañeros de igual categoría concejil. Y ya pída licencia el Presidente, superior jerárquico, ya tenga que guardar cama o abandonarnos por tiempo más o menos largo, D. Pedro queda al frente del Municipio, para cuya dirección ha demostrado suficientemente que reúne sobradas condiciones.

¡Aunque nos abruma su *elocuencia!*



D. Patricio Garvey y González de la Mota

Diputado a Cortes que fué por Jerez, Presidente del Comité datista en la citada localidad, millonario altruista y cabeza del Concejo de Administración de la Sociedad de Aguas de Tempul.

No vamos a ocuparnos de la vida privada, que es hecho pecaminoso, del Sr. Garvey a quien llegó el turno en el desfile de nuestros *retratos*. Quede esto para más curiosos impertinentes del siglo o más imprudentes y temerarios cronistas.

Con dos palabras, o lo que es igual, con dos mal trazados perfiles está dibujada la figura del ilustre millonario jerezano D. Patricio Garvey y González de la Mota.

Pero nosotros nos extenderemos un poco más y daremos una idea de su significada personalidad al que nos leyere, diciendo cuatro *cosas* sobre sus rasgos físicos y morales.

Y para ello bien quisiéramos ser por hoy usufructuarios no más de su galana pluma; aquella

con que trazara las lozanas páginas de su único libro, que sepamos, obra dedicada por completo a su sport favorito la cacería. Pues es muy digno de saberse que D. Patricio es autor. Y autor de un libro bueno; no como otros literatos ricos a quienes el inmortal Valbuena tanto fustigó en sus «Ripios literarios»

Titúlase este sabroso parto de su inteligencia «Recuerdos de mi Safarí» editado por «Alrededor del Mundo» en 1913, y avalorado con un chispeante prólogo de Manuel de Mendivil, su querido amigo.

De seguro que el que siguiere el *viaje de impresiones* de nuestra pluma al llegar aquí habrá puesto otra cara, borrado el gesto de interrogación con que nos salió al paso al empezar la lectura de este capítulo biográfico. Adivinamos la causa; y es que siempre resulta más simpático el trabajo de un escritor cuando de otro profesional habla.

Por raro contraste el señor Garvey, último superviviente de su primitiva familia, dijérase que tartamudea en su conversación, mientras produce un bonito volumen de prosa fácil y sencilla, como escrita al correr nervioso de la peño-la entrenada. Y aún hay más. Por aparecer como hombre extraordinario y raro, siendo escritor, esperamos ser recibidos en su casa en el espíritu de este folleto, con la *fria acogida*, que a estos encarecimientos dispensa. No será la primera vez

que así proceda en perjuicio de nuestra admiración y cortesía hacia su persona.

* * *

Nos figuramos los éxitos de oratoria obtenidos en el Congreso por el diputado. A D. Patricio Garvey nos referimos. Quizás por ese fenómeno inexplicable que hace a los pocos fáciles de lengua aparecer sin tal defecto en el teatro y la tribuna—de lo que tenemos ejemplo—el distinguido prócer tuvo acasión de lucirse, allí donde los mejores parlamentarios españoles hicieron gala de su verborrea y de su florido estilo de discurso. Ahí es nada!

Diputado a Cortes por Jerez el acaudalado jerezano que fué amigo del partido maurista, supo de los apuros propios de los noveles políticos, cuando en representación de un pueblo que le confió la defensa de sus intereses, se levanta a abogar por la vida económica de sus electores en el seno de esa agrupación en el que se debaten, entre hombres de cerebro, cuestiones de importancia suma para las regiones cuyos anhelos van a exponer ante el Gobierno de la Nación.

Y sin pena ni gloria, al decir del antiguo adagio, pasó la etapa de activa política de esta figura local que en la actualidad ostenta la jefatura del partido datista en Jerez. Una preterición por parte del Conde de los Andes hizo el milagro.....

Y basta de politiquería.

Es mucho más sana e inconmensurablemente más loable la historia particular llena de filantropía de D. Patricio Garvey. No parece sino que es fruto del solar de nuestros afectos estos sentimientos de generosidad y de hidalguía.

Vive aún latente en la memoria del pueblo el conflicto doloroso que le abrumó un buen lapso de tiempo al hallarse por obra de la irritada Naturaleza sin el caudal copioso, que es salud y es higiene, de sus aguas.

Y cuando ya en el ambiente iban flotando brumas de disgusto y de pesadumbre por las privaciones que impuso accidente de tal magnitud, como Presidente de la Sociedad explotadora del manantial de Tempúl y como jerezano, el señor Garvey y González de la Mota puso a la disposición de otros hombres talentosos sus influencias, su dinero y cuanto fué menester a la solución pronta del problema que tomaba caracteres alarmantes de difícil esclarecimiento.

Unamos al impulso humanitario que precede, la dote que para su mejora y reforma tiene ofrecida al Hospital de Sta. Isabel, y díganos el más irreconciliable adversario del admirador de Don Eduardo Dato si no es acreedor el ilustre millonario al premio que otras presuntuosas medianías obtuvieron con menos merecimientos que él.



D. Antonio Roma Rubies

Ex-concejal, Ex-diputado provincial, Catedrático de
latín del Instituto de Jerez y Abogado.

Estamos en plena sesión municipal. Cosa de suma importancia para el pueblo debe ventilarse a juzgar por el numeroso público que va llenando la sala capitular, a la que también hemos venido contagiados de la curiosidad que pintan en sus rostros los concurrentes, entre los que se cuentan varios amigos nuestros. Y a duras penas, sobre las puntas de los piés y echados de pecho en la engrosada fila de individuos que pusieron muralla en la puerta, logramos por gracia de nuestra espléndida humanidad, derramar la *visual*,—que se dice ahora—por los escaños donde indolentemente se agitan los miembros que componen el Concejo.

Una vocecita, aflautada, triste y monótona, de manera que no parece acabar nunca, hiere nuestros atentos oídos, continuamente, largamente...

Y el ciudadano que detrás de nosotros se petrificó, oyéndola, nos ha preguntado, no sin cierto gracejo:—¿Es la segunda audición de la cabeza parlante?

Derecho y quieto el enjuto y breve tronco, un hombrecito leal, de rostro moreno y huesoso que tiene la expresión de la austeridad y del estudio incesante, apenas sí de vez en vez, para hacer más expresiva su palabra, mueve en movimiento vertical la mano diestra, en el incansable entreabrir y cerrar de los descarnados labios.

A este hombrecito sincero, bueno y honrado es a quien llaman D. Antonio Roma Rubies.

* * *

Pluguiera al cielo misericordioso perdonar los pecados de lesa preceptiva de la torpe pluma y darnos luego otra menos profana y más diestra, y cantaríamos los tesoros de sabiduría y de bondad que encierra la popular figura del catedrático de latín y abogado.

Mas se ha de contentar el benévolo lector con el fruto del poco manejado estilo con el que el papel manchamos supliendo con la compuesta tinta las rayas que en los encerados griegos traza-ba el puño de los colegiales de Atenas.

* * *

El señor Roma y Rubies es catalán. Llegó a la Ciudad del Dios Baco, nombre con que ha bautizado a Jerez un cronista amigo, hace varios lus-

tros. Nos lo confirma el recuerdo de haberle escuchado en las aulas del Instituto jerezano explicar el curso de latín, allá por el invierno de 1906.

Persona cultísima, el señor Roma, partidario del régimen de gobierno republicano, no es de los que confunden el ideal político con el religioso, apartándose de todo acto de creencia, porque así estiman que lo demanda la para ellos forma equivocada de partido.

Nada de eso. Nuestro antiguo y respetado catedrático sabe respetar a su vez y aún practicar las obras piadosas y de Religión cristiana, asistiendo, sin exhibiciones—que siempre ha sido enemigo de ellas—al Oficio en que el Redentor de la Humanidad se muestra a los ojos hecho pan ázimo.

* * *

Hé aquí parcos antecedentes de como se licenció en Derecho este hombre estudioso que con justicia fué la admiración de todos los que de cerca y de lejos tocaron sus bellas cualidades.

Sin duda el buen nombre conquistado de orador práctico; aunque poco florido y atrayente, convincente y razonador;—árida pero no estéril su oratoria—le indujo a pensar en la abogacía; pensamiento que puso en vías de realización, obteniendo el título en la Universidad de Sevilla, con la honrosa calificación de Sobresaliente, en dos cursos escasos.

Y hoy le teneis ejerciendo su docta cátedra en nuestro primer centro docente y atendiendo a su gabinete abierto a las consultas inherentes a la carrera de leyes.

* * *

Han pasado a la historia las polémicas de administración municipal del Sr. Roma, sostenidas en los Cabildos memorables en que él figuraba como paladín.

Partida por partida, cantidad por cantidad, número por número, describía primero y analizaba más tarde, el punto a discusión del cual se desprendía el expediente, legajo o protocolo que como concejal había despertado del lamentable sueño de muchos años, despalillándolo y abstra-yéndose en su exámen, detenido y minucioso.

Pregúntese a los que fueron testigos de esta precitada cruzada de saneamiento en la Hacienda local y provincial del laborioso hombre público sobre los trabajos árdulos que por el bien general se impuso.

Prolijo le resultaría al más fácil y mejor cronista enumerar los muchos análisis desinteresados que en la Diputación gaditana—las altas dotes del Sr. Roma Rubies le elevaron al cargo honorífico de diputado provincial por Jerez—y en nuestro Municipio, puso en práctica, aquilatando y curando, cuántos capítulos y adicionales a los Presupuestos necesitaban los servicios de

una mano escrupulosa, de la polilla de una torcida administración.

Pero D. Antonio al igual que la mayoría de los hombres que valen, tuvo sus enemigos, algunos encarnizados, y no sirven alusiones, que le ridiculizaron y zahirieron, no con provecho ante los ojos de la opinión que aún se resiste a creer las absurdas metamorfosis que en sus ideales le atribuyeron mal intencionadamente.

Para terminar: la relevante figura cuyo nombre encabeza esta silueta posee, como su mayor tesoro, un corazón lleno de amor al prójimo, que ya mostró a sus admiradores en el ejercicio humanitarísimo de la Presidencia efectiva de la Junta de la hermosa Institución Colonia Escolar Jerezana, a la que hizo objeto de sus desvelos y de sus trabajos.

¡Por algo cubre piadosa la tierra que es relicario de nuestros amores a la que fué amante compañera, madre de sus hijos y primera esposa!





Ilmo. Sr. D. José Domecq
y Núñez de Villavicencio.

Caballero de la Orden de Calatrava, copropietario de la Casa "Pedro Domecq y Compañía" y afamado ganadero de reses bravas.

—Gil, disponte a ir a Barcelona; cuida de la corrida y dales garbanzo largo, que quiero que hagan época esos seis toros.

Esto dice el ganadero.

Y unos segundos después el magnífico *auto* se pone en movimiento y avanza despacio por entre matas verdes de lentiscos y palmas.

Dentro del cómodo coche la distinguida personalidad jerezana se ha recostado deleitándose en contemplar las nutridas vacadas que por ambas ventanillas del H. P. desfilan como una película de cine por el lienzo blanco y ancho que recibe las proyecciones del aparato.

A los cinco o seis días de haber tenido lugar la anterior escena, aquellos hermosos bichos que

parados vieron pasar con atención y con indiferencia al mismo tiempo, a los jinetes que cruzaron la llanura panda, fueron la admiración del público inteligente que aplaudió con largueza la bravura y la admirable presencia, sobre todo, de los desechos de la nueva ganadería en los primeros circos de España.

* * *

Tuvo por cuna el ilustrísimo señor D. José Domecq, a la ciudad famosa por sus vinos y sus caballos.

Fueron sus padres el benemérito señor Don Pedro Domecq y Loustán, rico cosechero y Doña Carmen Núñez de Villavicencio, piadosísima dama jerezana llena de virtudes, a quien en vida y como premio a sus proverbiales actos de caridad ha dedicado el Excmo. Ayuntamiento del pueblo testigo de su filantropía, una de sus plazas más céntricas, bautizándola con su nombre.

¡De tal palo tal astilla!

Caballero cristiano y caritativo, D. José Domecq, goza como honor merecido por su edificante fé religiosa nunca desmentida las honrosas condecoraciones definidoras de su hidalga nobleza, de Caballero de la orden de Calatrava y Comendador de la pia Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén.

Dotado de una piedad ilimitada alcanzan a un número inconmensurable las veces en que la

mano generosa del ilustre ganadero, obedeciendo al corazón, ha sido alargada a la indigencia portadora del óbolo que hacía prorrumpir en bendiciones. No se ha celebrado festival en donde la más hermosa de las tres virtudes teologales, vestida de matrona adorable haya presidido, al que no aportara su limosna espléndida y desinteresada D. José Domecq.

Saben de su desprendimiento distintas Comunidades claustrales, conocen de sus impulsos filantrópicos muchas Asociaciones benéficas, le cuentan como a uno de sus más decididos protectores las Juntas de damas de todas las instituciones religiosas. Siempre dispuesto su dinero y los instrumentos de su industria al beneficio de los demás, olvida fácilmente el bien realizado con prodigalidad y espontáneamente.

Y de este modo el celebrado ganadero andaluz, sobrepasa los límites de la popularidad en Jerez, que es su bella y querida patria chica.

Se piensa en él cuando todavía en germen late alguna producción artística entre nosotros, viene su admirado nombre a las mientes al concebir algún propósito honrado, se le da forma a cualquier pensamiento recayendo éste en su reconocido altruismo.

Hasta aquí sus excelentes prendas de persona caballerosa y jerezano sentimental y bueno.

Aparte estas cualidades relevantes en grado superlativo, que encierran toda su psicología

digna de más amplio estudio que el que pretenden hacer los desaliñados renglones precedentes su carácter—envidiable modo de ser que le distingue, destacándole de la generalidad—es abiertamente franco y en extremo comunicativo y simpático. Que, al fin hijo de este cálido país del Sol, adora el resplandor de la tierra que tiene sus amores y en la que se desarrollan sus iniciativas loables y sus energías propias para servir de ejemplo a los hombres pesimistas y apáticos por toda la vida.

Y presta rayos de luz a quien los ha de menester en las sombras de sus días, e infunde ánimo y tiende ayuda a aquellos que, esperanzados, a su generosidad se encomiendan.

Dígalo, sinó, esa pléyade de modestos artistas a los que más de una vez ha favorecido su desprendimiento.

Porque D. José Domecq es amante sincero del Arte en varias de sus manifestaciones que más se acercan a su temperamento y fibra; y lo mismo se hace acompañar de un periodista a *Bolanos*, que sienta a su mesa, en el campo, al más encumbrado lidiador de reses bravas.

De igual manera socorre a la Pintura. En aquel escaparate muy iluminado y diáfano, un pintor un modesto devoto del pincel, émulo de Zeuxis, acaba de exponer su último cuadro de encargo creyendo haber salido airoso de su cometido al pretender calcar en la tela o lienzo pintarraquea-

do la estatuaria imagen de un brillante ejemplar de las cuadras del renombrado ganadero. Y hay que darle, por cortesía, la enhorabuena al autor del estudio pictórico que no acertó, a pesar de su interés y de su esfuerzo a expresar con el color y las formas fielmente, lo que en la realidad está muy distante de ser lo que nos muestra.

¡Y es que Natura se sintió harto pródiga y hechicera al dar vida a sus caballos, sobradamente celebrados entre los mejores que integran las famosas ganaderías jerezanas!

* * *

Pero hemos llegado al punto que deseábamos.

El Ilmo. Sr. D. José Domecq y Núñez de Villavicencio, es criador de toros!

Más adelante reseñaremos ciertos detalles sobre la historia de su ganado bravo. Queremos saber ahora cual fué el principio, o lo que es lo mismo, la génesis de su ya notable ganadería de reses de lidia.

A nosotros se nos figura que fué allá, en un tiempo lejano, al que vamos a trasladarnos con el pensamiento.

Decíamos en una revista de propaganda no hace mucho, estas palabras a título de exordio en un artículo que dedicábamos al ilustre señor D. José Domecq.

«No es posible viajar por estas tierras de Sol y de alegría sin rendir tributo de admiración al bravo animal que, desde la dehesa, atentamente,

como figura de piedra, mira pasar a la ondulante serpiente de acero veloz y silbadora dibujando su sombra interminable e interrumpida por los topes, en los extensos cultivos soleados»

Y el distinguido ganadero jerezano ha debido contemplar con envidia en ese lejano día que citamos, camino de Sevilla, uno de los muchos cerrados que como clásicas películas, van apareciendo en los marcos de las ventanillas del tren, sintiendo deseos más tarde de verse dueño de una de esas riquezas que son el más fuerte patrimonio de nuestros mayores hacendados anda luces.

No lo hemos soñado. A indagaciones hechas por nuestra parte nos ha respondido afirmativamente la fantasía.

Su gran afición a la industria de los toros, acallada en el pecho por un lapso de tiempo que debió hacérsele interminable, despertó con nuevos bríos, y dejando a un lado toda idea *bastarda* de lucro, y prefiriendo la fama a la ganancia, no reparó en sacrificios y dificultades hasta hacerse de ella, y montó con el general aplauso la excelente ganadería que lleva de éxito en éxito el apellido ilustre de su fundador por tantos motivos respetado.

Y ya le teneis con su dehesa de *Bolaños* en donde pastan hoy más de mil cabezas procedentes de cruza felicísimas de las mejores vacadas de Andalucía.

¡Notable odisea sembrada de rasgos meritorios que dan patente de alta inteligencia y encumbrada hidalguía al que la realizó en bien de Jerez, volviendo por el rescate de su buen nombre desconceptuado y casi sin preponderancia!

* * *

Hay más.

D. José Domecq en sus rasgos físicos es de estatura mediana, cuerpo algo lleno y con un velo de rubicundez en la cara.

Con tales datos, lector, has de conocerle allí donde lo encuentres por tu ventura, si es que no es demasiada tu torpeza.



Ilmo. Sr. Dr. D. SEVERO DAZA Y SANCHEZ

Abad de la I. I. Colegial, Arcipreste de las Iglesias de Jerez, virtuoso sacerdote y elocuente orador sagrado.

¿Vamos al talento a honrar?
¿Pues qué mejor que cantar
blandamente su excelencia,
aunque ya el improvisar
resulte anticuada ciencia!

Dios quiere, muy sabiamente,
que lo que le es dedicado
no sea por otro tocado
que por el verbo elocuente
del pensamiento rimado.

Y a rendir pleito homenaje
trazamos este pasaje
ayudándonos del sistro....
Es un mago del lenguaje
y es del Señor un ministro.

Tiene muy buena estatura,
y en su rostro don *Severo*
lleva impresa la dulzura;
¡lo sabe Jerez entero
y así bendice a este cura!

Sus dotes como orador
le han elevado a la cumbre;
y es tan buen predicador,
que su tribunicio ardor
arroba a la muchedumbre.

Odia la pedantería
en sus bellas oraciones;
gusta de la fantasía....
¡pero es más la teología
luminosa en sus sermones!

Hombre de sencillos modos
de su saber no alardea;
siempre humilde, atiende a todos;
medita y lee, reza y crea
sobre la mesa los codos.

Suerte le cupo a Jerez,
siquiera por esta vez,
en contar entre su clero
el nombre de don *Severo*
que es honra nuestra y es prez.

Vino.... de un pueblo español
aunque os cause maravilla;
ama a la tierra del Sol,
que en un pueblo de Sevilla
vió del alba el arrebol.

Y buscando más honores
que los hasta aquí ganados,
la Ciudad de los amores
y los patios adornados,
y los dulces ruseñores,

Aún con blancos azahares
le recibió en sus altares,
que fueron como palestra,
donde a su ciencia maestra
se hicieron hondos cantares.

Pero quiso la Fortuna
muchas veces oportuna
al redil volverlo luego,
y el pueblo que es cual su cuna
le da su amoroso fuego.

Pase con la austeridad
de sus treinta y tantos años
honrando nuestra ciudad;
¡aquí no habrá desengaños
para el admirado Abad!

Y sí un concepto sincero
de sus apreciadas dotes
que dice: de todo el clero
es cabeza don Severo,
¡buen hombre y buen sacerdote!



D. Manuel A. de la Riva y González

**Ex-alcalde de Jerez, acreditado exportador de vinos
y político jerezano de intachable conducta.**

Nunca en otra ocasión como en la de ahora cogimos la pluma con tanto gusto para trazar sobre el papel, garrapateados caracteres, faltos casi siempre del espíritu que quisimos poner en ellos.

Lo sabemos; un amigo oficioso nos advierte al empezar este *retrato-elogio*, de la gravedad de nuestro pecado de reincidencia; más es justo y place a nuestro deseo incluirlo en el presente folleto, y nos disponemos a aceptar el tanto de culpa que por ello nos quepa, dada la modestia que le honra, del siluetado, quién reprobó no hace mucho un dístico encomiástico que hicimos a las bellas cualidades de político, (si es que tal se ha sentido alguna vez) de caballero y de ciudadano.

Huelga en estos plumazos indocumentados señalar la edad en que cifra el ilustre jerezano de

que hablamos hoy, (no hemos de sacar a todos la partida de bautismo); bástele saber a` quién nos lea que goza de juventud, que es alto y fornido y de rostro en que se adivina una inteligencia bien desarrollada y nada vulgar.

No es D. Manuel Antonio de la Riva de esos innumerables *spormants* de nuestros días, verdaderos parásitos de la sociedad muy dados a la holganza y al libertinaje para quenes la luz liberal del sol no es sino un largo interregno en el que se ha de disfrutar de la butacona del Casino, entre orgias y bacanales nocturnas.

Persona de actividad digna de ser imitada, no descansa en la intensa labor que suponen los trabajos de dirección de la renombrada casa extractora que lleva su nombre y que fundó su progenitor para mayor orgullo de Jerez, que aún cuenta con una de sus más célebres bodegas por sus ricos caldos genuinos reconocidos como de los mejores que produce el terruño.

Y ahí están para el que pretendiera desmentirnos, el Fino y el Oloroso la Riva.

* * *

Fué una honra indiscutible para el Municipio jerezano y un galardón para él, demostrando que es un excelente administrador y un extraordinario hacendista: D. Manuel A. de la Riva y González pasó, con el beneplácito y la satisfacción de todos los que en la localidad representan orden y cultura, por la Alcaldía de nuestro pue-

blo rigiendo los destinos de la ciudad que en sus manos se encomendó durante varios meses, que si tenebrosos y difíciles para la vida del Ayuntamiento, pasaron a la historia con bagaje de triunfos para el distinguido joven político, y con la holgura para nosotros, que en etapas posteriores a la en que fuimos gobernados por él, hubiera hecho nuestra felicidad.

Más en esa misma vida ruinoso respecto al Municipio jerezano y en el poco agradecimiento tenido a sus muchos y grandes sacrificios durante el tiempo de su mando estribó la renuncia reiterada que hizo de su cargo a sus superiores jerárquicos, deseo al que dió cima en los últimos días de Agosto de 1916; habiendo tomado posesión de la Alcaldía en Enero del mismo pasado año. Y todavía siguió sentándose como concejal en los escaños del Ayuntamiento, después de su cese.

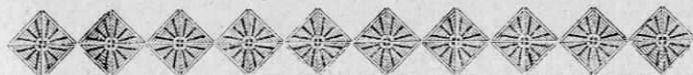
El hecho altruista y altamente honroso de no aceptar las 12.000 pesetas que a título de *gastos de representación* se conceden al Presidente de la grey concejil, atrajo sobre el digno Sr. la Riva las iras donosas y maquiavélicas de cierto viejo político que le sucedió a poco en el puesto de la primera magistratura popular; y esto dió motivo a sabrosos litigios personales en la Sala Capitular que fueron comentadísimos y que pusieron de relieve el temperamento enérgico, la caballerosidad, la ecuanimidad de espíritu y el justo, lógico y firme vituperio de nuestro siluetado.

¡Así son los hombres que tienen cabal concepto de la dignidad!

No son elogios a tanto la línea. Y aunque tal se crean, ¿queréis decirme quién le aventajó, quién se acercó a él siquiera, en la labor administrativa del procomún?

Un sólo acto loable que le define, ya que sabido es que para muestra basta un botón: D. Manuel Antonio de la Riva cedió más de una mensualidad de esos gastos de representación que apuntamos en beneficio de las Casas-Asilos de Jerez.

Y ahora.... ¡otro que le imite!



D. Pedro Luis de Lassaletta y Crusoe

Exalcalde conservador, Presidente honorario de la Colonia Escolar Jerezana y culto abogado.

Modesta pluma mía: Sal del embarazo en que la consideración de tu atrevimiento te puso, engalánate con las más suaves y elegantes fluides del castellano idioma, llama si preciso fuera en tu auxilio a la Musa de la elocuencia y vuélvete en súplica al maestro Cicerón, el más grande tribuno de que tiene noticias la Historia; pues a un enamorado del bien decir, hombre de leyes, te dispones a perfilar sobre la casta blancura de las cuartillas.

Tal dijimos al comenzar esta silueta; pero el Destino que siempre se gozó en maltratarnos, ha proseguido su labor cruel y desalentadora para nuestro ánimo al cuajar en nosotros la idea de dar cuerpo a la semblanza que incluimos en «Bronces Jerezanos», libro que si no viene a llenar hueco alguno—no lo ignoramos—en el mundo literario, cupo en ganas al albedrío y capricho

del autor lanzarlo al mercado para honra de las personas que en el mismo figuran y provecho merecido suyo.

Y bosquejamos la psicología de nuestro silueta de hoy, aún a trueque de aparecer ante él poco diestros en el manejo de la sonora habla de Castilla, lengua de Cervantes, dúctil para hacerla, zumbadora como la abeja, sibilante como la serpiente, canora como el pájaro y rugiente como el melenado rey del desierto, por un nuevo Virgilio.

* * *

D. Pedro L. Lassaletta y Crusoe es natural del Puerto de Santa María, goza de la mejor edad de la vida, edad de la plena juventud, y es, por su casamiento hermano político del aplaudido autor dramático Pedro Muñoz Seca.

Admirado por cuantos le conocen, el joven letrado, vecino de Jerez, al que quiere tanto como al bello rincón andaluz que meció su cuna, vive de su trabajo, dedicado al concurrido bufete, que hace bastante años abrió al público con excelente éxito y fortuna desde su apertura a la fecha. Justo premio a su firme austeridad de hombre laborioso que grabó a fuego en su frente la sentencia divina lanzada contra el primer mortal en el Paraíso.

Ya lo dijo no sabemos qué infortunado hijo de Apolo en un desaliñado soneto que vió la luz en el fallecido bisemanario jerezano «Miércoles

y Sábados» y que se reprodujo después en el mismo periódico al pie del cliché del festejado: el señor Lassaletta posee «la clásica elocuencia que arrebató», y que a nosotros nos ha inspirado los primeros párrafos de este retrato. Facilidad de palabra envidiable que le dió fama de orador fácil y defensor aventajado en las innumerables causas criminales que a su práctica y a su talento fueron encomendadas y sacadas en bien honrosamente.

Ahi están para los que pusieran esta aseveración en tela de juicio, los continuos elogios brindados a las muchas victorias alcanzadas en el campo forense por el notable jurisconsulto, de parte de la prensa provincial y local.

Para esos incrédulos o ignorantes a sabiendas apuntamos el caso siguiente.

* * *

Perpetrose en el corriente año 17 un aborrecido crimen en la persona de un joven apreciable por varios conceptos, cuyo acto punible en toda la extensión de la Ley por las circunstancias que le rodearon, ocupó a las gentes durante algunas semanas, siendo la comidilla del día en círculos y reuniones en los que se comentaba y lamentaba el percance desgraciado conocidos víctima y agresor, que lo había sido un popular industrial jerezano.

Pues bien; el señor Lassaletta, hubo quien dijo

que de *motu proprio* y hubo quien aseguró que a requerimientos de la madre del agredido, anunció haberse hecho cargo de la acusación privada en el juicio de la causa del suceso que todavía está por celebrarse.

¡Y la de expresiones de condolencia que con tal motivo prodigó al culpable la opinión pública!....

* * *

Este es D. Pedro Lassaletta y Crusoe considerado bajo el punto de vista de su profesión que él lleva brillantemente.

Réstanos hablar de sus ideales políticos y de sus sentimientos caritativos.

Militante en las filas del maurismo, el señor Lassaletta, lleno de entusiasmo, de juventud y de energías aceptó el sacrificio (que no otra cosa supone hoy la ostentación del primer cargo civil en Jerez) de ponerse al frente de nuestro Municipio, hecho que llevó a efecto a mediados del año 1915, para dejar el puesto luego a D. Manuel A. de la Riva, su sucesor, el día último del mismo año.

La blanda dulzura con que habla al adversario a quien va envolviendo en la malla sutil de su discurso, para aprisionarlo y quitarle todo movimiento de defensa, le valió el significativo y gráfico remoquete de *Vaselina* que aún le aplican algunos, y de la cual dicen que usó hasta la prodigalidad cuando en sus manos tuvo la adminis-

tración de los bienes comunales en aquellos instantes en que su voluntad había de imponerse a la de todos sus compañeros de Concejo.

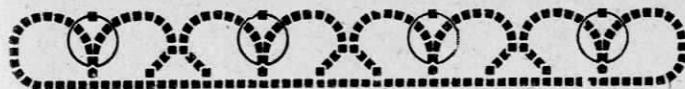
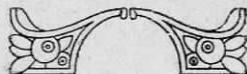
No fué su etapa gubernativa una de esas tantas que pasan sin pena ni gloria, según el dicho vulgar; bastó para hacerla harto resonada y digna de recordarse, la práctica de dos resoluciones, *arbitrarias* en el sentir de una parte del pueblo, como fueron el arriendo de los arbitrios municipales a un particular y el *conato* de expediente a un cirujano muy conocido que figura en la Beneficencia jerezana, amén del inevitable desgraciado suceso que representó el incendio de los Montes de Propios, acaecido por entonces.

Más, sea de esto lo que quiera, el simpático letrado y exalcalde conservador maurista, que es dueño de un envidiable don de gentes que para nosotros lo quisiéramos, tomó posesión de su primer puesto político de gobierno con el beneplácito de los jerezanos y salió de él orgulloso, sin otro perjuicio para su buen nombre que el natural y lógico descontento de otros que no pudieron realizar en igualdad de circunstancias, lo que por la gracia de Dios y las leyes municipales le fué dado hacer al señor Lassaletta.

Y como para reivindicarse de cualquier involuntario daño que a la Hacienda y al gobierno del pueblo hubiera podido acarrear, en concepto de concejal representante del Ayuntamiento cerca de la Sociedad de Aguas, le tocó labor activi-

sima que impuso el particular y desinteresado impulso en pró de la solución del confieto que para dicha entidad tuvo lugar la pasada primavera, evitando a la ciudad hidalga que le brindó hospitalidad y en la que *sus hijos nacieron*, que pronunció en un solemne día en las Casas Consistoriales, horas de quebranto y daños innumerables.

Item más: ahí está la Colonia Escolar Jerezana que puede hablaros del corazón y los sentimientos de su Presidente honorario D. Pedro Luis de Lassaletta y Crusoe.



D. Tomás García Figueras

**Primer teniente del Arma de Artillería, notable autor
y excelente escritor que honra a su pueblo.**

Ruido de trompetas, piafar de caballos y rodar de cañones ha fingido la pluma, atenta a la visión que ante ella ha desfilado.

Jamás se sintió el corazón más patriota que ahora, ni más lleno de ardor y de orgullo frente al gran espectáculo que le brinda el desfile de unas pesadas baterías cuyos troncos van gobernados por hombres jóvenes y fuertes indumentados con el honroso uniforme militar.

Es el Ejército Español que pasa por las calles andaluzas, luminosas por el más claro Sol que amaneció en el cielo y perfumadas por el más fino aroma de la flores de nuestras rejas moriscas, representado por el brillante Regimiento de Artillería que de la Ciudad del Bétis llegó a nosotros haciéndonos la merced de su visita.

¡Cómo se ensancha el pecho mirando a estos

bravos soldados, nietos de aquellos héroes de la raza que en el nombre de Dios y de su rey conquistaron la mitad de la tierra!

Discurra por las calles provincianas, antes tranquilas y hoy sonoras y vibrantes, la milicia gloriosa aturdiéndonos con sus rumores y levantándonos en el alma la más gayá flor, la flor de la esperanza, nacida de la fé inquebrantable que pusimos en los arrestos nobles de sus oficiales.

* * *

Jerez espera mucho en ese sentido de uno de sus hijos, bastante celebrado cuando aún no había abandonado las aulas disciplinarias de la academia.

Se llama este jerezano D. Tomás García Figueras, casi un muchacho, barbilampiño, coloradote, grueso, de talla erguida, simpático, inteligente como pocos hombres, muy estudioso y muy austero.

No es un oficial descuidado a la antigua usanza, ni jaranista ni jugador ni pendenciero; antes al contrario, de espíritu abiertamente militar, tiene porte distinguido, atildado, de una distinción no estudiada, sino muy natural y muy suya.

El tiempo para él no se ha hecho nunca ni largo ni aburrido de pura ociosidad; ni en su cerebro ha rebullido la idea del esparcimiento vicioso; siempre acertado, con otra alteza de miras

ha tenido a la ilustración y al saber como al mejor tesoro del individuo.

¿Y qué dotes más superiores que las citadas, con que en nuestro sentir se adorna el señor García Figueras, ha aportado a su historia ningún miembro de la juventud presente?

* * *

Orgulloso de las ganadas estrellas que en las mangas de su guerrera destacan, el joven e ilustrado primer teniente a quien dedicamos estas páginas, pone la luz de su inteligencia al servicio de su carrera, y en colaboración con otro cofrade pergeña galana y pulcramente los capítulos de una obra utilísima sobre educación moral del soldado.

Obra relevante por sus méritos didácticos que mereció ser prologada brillantemente por el ilustre general D. Miguel Primo de Rivera y Orbaneja y con la cual alcanzaron merecido renombre de escritores los que la dieron a luz.

Había triunfado ya del anónimo con anterioridad el nombre del culto alumno de Artillería que desde su celda de estudiante enviaba bellos artículos y pulidas crónicas a la prensa de su pueblo, que le vaticinó el éxito en la difícil profesión de las letras.

Repasando hoy la colección del periódico «El Guadalete» hemos tenido ocasión de verlo; recordando luego en tan propicio momento las figuras históricas que lo mismo ceñían la espada

que aflaban la pluma atrevida y sabiá, madre de luminosas producciones.

Hasta creemos recordar—¡nos dan miedo las equivocaciones!—unos versos, algo cortos, publicados por García Figueras en el diario apuntado.

* * *

En la actualidad la ausencia del distinguido militar-escritor, colaborador que fué en nuestra prensa, lustre de su apreciable familia residente en Jerez donde sostiene un magnífico negocio de tejidos, nos priva del deleite de la lectura de sus bien hilvanados artículos de asuntos propios de su profesión.

Y solo sabemos por un amigo que algunas veces le vé en Sevilla cumpliendo con sus deberes, del elevado concepto en que se le tiene en aquella capital, de sus excelentes relaciones con aristócratas sevillanos, del mucho aprecio de que le hacen objeto sus jefes, de su plausible conducta, de su preponderancia, en fin, que le coloca en el lugar al que llegan los corazones sanos y los cerebros equilibrados y relevantes.

D. Tomás García Figueras es de esos hombres a quienes les está reservado un porvenir glorioso en las armas conquistado por su valer y su constancia en el estudio y en la práctica de las más sanas virtudes.

Hemos de verle nosotros, *Deo volente*, dar cima a sus aspiraciones justas.



D. Juan Gavala Laborde

Ilustre Ingeniero de Minas, miembro del Instituto Geológico español, hijo adoptivo de Jerez y jefe encargado de la dirección de los trabajos de restauración del puente de la Florida.

Casi anónimo para el agradecido pueblo jerezano vivió hasta hace poco este nombre ilustre que ha conquistado una envidiable celebridad regional.

Paisano de D. Pedro Luis de Lassaletta, la distinguida y admirada personalidad motivo de la presente semblanza, de probado talento y aptitud reconocida en su difícil y brillante carrera de Ingeniero de Minas, dió lustre y honra a la ciudad que le vió nacer y brindó horizontes de paz y beneficios incomparables a Jerez.

Y cual cumple a hombres bien nacidos que tienen abierta noción de la hidalguía y de la gratitud no regateada, queremos rendir este homenaje de simpatía y adhesión, tributo modesto por partir de nosotros, al Ingeniero estudioso y sabio

que con sus conocimientos técnicos evitó días de quebranto en nuestro vivir económico y en nuestra pública higiene.

Del breve análisis de un solo acto realizado por la persona cuyá psicología se quiera estudiar, puede deducirse ampliamente el espíritu de moralidad y la mayor o menor inteligencia del individuo objeto del estudio.

No vamos, pues, a bordar la biografía—¿diremos bien así?—del señor Gavala Laborde, ni mucho menos a amontonar hechos sobre hechos que hayan sido en su meritísima vida profesional y privada. Datos son los que hemos de apuntar aquí que el azar nos brindó al paso sin pensar siquiera cuando llamaron a nuestra admiración que había de llegar la hora en que tuviéramos que aprovecharlos para la práctica de la misión más útil del escritor, cual es la de dar a conocer a la opinión por medio de los garabatos que la mal cortada pluma va dejando impresos en el papel, los méritos indiscutibles de los que ofrendan el tributo valioso de su saber al bien y a la prosperidad de sus semejantes.

Como todos los hombres estudiosos que hacen esperar frutos ópimos de su mentalidad y de su constancia, como esos nacidos para el triunfo y el éxito, jóvenes estudiantes que en las aulas se distinguieron e hicieron época en la Universidad o en la Escuela, el señor Gavala Laborde alcanzó el número uno de los de su promoción, obte-

niendo por la brillantez de sus ejercicios Título de Honor, premio reservado a los que confiaron más en su trabajo y en su perseverante labor que en sus influencias.

Y aquí empieza ya a destacarse la relevante figura de D. Juan Gavala, portuense talentoso y autoridad científica celebrada.

Reconociolo de este modo el Estado español, y firme en su creencia, recién terminada la carrera, en 1910 le pensionó, autorizándole para emprender un viaje de ampliación de conocimientos prácticos a las cuencas petrolíferas de Rumania y la cordillera caucásica, y del que regresó muy satisfecho de no haber perdido el tiempo en otoño del mismo año.

Poco después comenzó el proyecto de alumbramiento de aguas en la renombrada y conocidísima Sierra de San Cristóbal, labor de bastante consideración a la que puso feliz término en 1911 y con la que reportó incalculables bienes al Puerto de Santa María, su ciudad natal, que anteriormente hemos anotado.

Desde entonces fué célebre por un nuevo concepto la riente población que vé en su muelle juntarse las pardas aguas del Guadalete, el histórico río silencioso, con las azules del Atlántico, el mar ancho y sonoro.

A raíz de este suceso, y, seguramente teniendo en cuenta el valor de los trabajos verificados por el joven ingeniero, el Instituto Geológico de Ma-

drid le llamó a su seno, contándole a la presente como uno de sus ilustres miembros.

* * *

Pero lo que decidió la popularidad del señor Gavala entre los jerezanos que no se cansan de ensalzarlo no se atenga el lector al decir popularidad al pensamiento de Sellés cuando expresó que «era ésta a la gloria lo que el ruido a la música»—fué sin duda de ningún género la solución dada por el notable Ingeniero al conflicto de las aguas de Tempul, creado por el hundimiento del puente de la Florida en el pasado invierno.

Contratiempos y adversidades mil produjo la invitación hecha por parte de elementos de representación en Jerez a nuestro admirado hombre, en tal número, que puesta en una balanza arrastrarían el peso de la fama con ser mucha que al precio de esas amarguras y contrariedades abrumadoras compró.

Recabó del material que el Instituto Geológico tiene dispuesto para el sondeo de las zonas petrolíferas andaluzas los tubos llamados cañerías Munemann, y con ellos restableció en Mayo del año corriente la comunicación del manantial con el depósito con que en el Calvario dispone la Sociedad Jerezana de Aguas.

Exito de tal resonancia dió lugar a la consagración en la ciudad de las ricas soleras de don Juan Gavala Laborde, cuyo prestigio díz los que

del caso saben que se selló con flagelaciones en el rostro del prójimo.

En recompensa a semejante hazaña heroica, que así puede denominarse al acto de salvar a un pueblo numeroso de inevitables calamidades epidémicas, el Concejo jerezano se honró dignándose declararle hijo adoptivo de Jerez y dedicándole una de sus vías céntricas. Y hubo banquetes en su honor, homenaje extensivo a su compañero el también ilustrado Ingeniero D. Manuel González Gordon, distinguido jerezano que compartió con él las fatigas de la labor y los momentos de adversidad, y al que sentimos no incluir, como quisiéramos, en esta serie biográfica por ignorar detalles de su vida; y se dedicó un número extraordinario de «El Mensajero», el diario de Baena, a su heroísmo, y, ofendiendo su modestia bosquejamos ahora su silueta prometiéndonos la buena y sana precaución de no colocarnos nunca al alcance de su mano por la cuenta que nos pueda tener.

Somos gente pacífica, aunque algo amigos de sacar a luz atrevidamente a los que yacen en las tinieblas de su alejamiento de la mundana exhibición.





D. Arturo Gordon y Sánchez-Romate

Diputado provincial, exconcejal del Ayuntamiento jerezano, admirado spermant é inteligente aficionado al arte de Cúchares y Pepe-Hillo.

—Decidme, ¿quién es en la actualidad el ídolo de las multitudes? ¿Joselito? ¿Belmonte? ¿Maravilla? ¿Terremoto? Estudiad el toreo elegante y vistoso de uno y el trabajo difícil y arriesgado de otro. Las banderillas hechiceras de *Gallito*; los molinetes espeluznantes de Juan. El sainete castizo y la tragedia clásica—que han escrito algunos maestros del bien decir.—¿Por cuál de los dos os decidis?

Esta pregunta hecha así al desgaire, no crea nuestro buen amigo el lector que le fué dirigida por nosotros. Bueno fuera que al cabo de nuestros días austeros, de alejamiento de esa que han dado en llamar torpemente fiesta nacional, saliésemos ahora como si dijéramos, por peteneras.

Habla por boca nuestra en el párrafo con vistas a la tauromaquia que dejamos asentado más arriba, el conocido e inteligente aficionado Don Arturo Gordon, de quien trazamos la simpática silueta.

Todos, cual más cual menos, le habeis tratado o visto.

Mas por si no le estudiásteis de cerca, cumpelenos en la misión que voluntariamente nos hemos impuesto, dároslo a conocer como individuo de cierto relieve entre la pléyade de hombres que se salieron de la vulgaridad por sus propios méritos, en el reducido ambiente de nuestro pueblo.

* * *

Es el arte de los toros el que denominaremos flaco del admirado aristócrata de quien hacemos la semblanza.

Para él no se hizo feria alguna en que no se celebren corridas de toros. Firmemente las cree como el aliciente único capaz de hacer digna y sonada toda fiesta.

Cucañas y regatas, carreras y fuegos de artificio, son menudencias sin importancia, atractivos de rúbrica, a las veces cosas inútiles si en los carteles anunciadores no destacan con letras grandes y rojas unas líneas:

TOROS DE MIURA

JOSELITO Y BELMONTE

Hé aquí el ideal a que ha dedicado siempre su

atención y por el que siente todavía gran cariño.

¡Ah, si él pudiera formar combinaciones taurinas para la Plaza de Jerez!

¿Es por eso quizás, que le apodan sus íntimos «Mosqueara»?

Quede la respuesta ignorada para nosotros.

Arturo Gordon sabe darse a su afición favorita abiertamente.

Se le llamaba, cuando aún no existían los ex-toreros de asesores de la Presidencia, para ilustrar y asesorar a ésta en los espectáculos taurinos, se le consultaba sobre cualquier punto que tuviera conexión con la fiesta nacional, y presto y diligente en todo instante daba su parecer honrado en la consulta y dirigía con acierto la lidia de la tarde.

* * *

Y en semejante atmósfera de popularidad Don Arturo Gordon se declaró político. Político liberal-romanista.

Un anciano exalcalde, conocido por sus múltiples etapas gubernativas y pariente del nuevo candidato, le llevó a los escaños del Ayuntamiento. Bastó para ello la declaración de nulidad de las elecciones efectuadas en dos distritos de Jerez, Santiago y San Pedro, y la retirada prudente de los aspirantes del partido contrario.

Y el señor Gordon, que en el libro de nuestras simpatías ocupa una página, fué concejal pasivo, sin otra acción que apoyar y votar aquello que

convenía a la Alcaldía, de la que era allegado.

Procedimiento, al fin, muy lógico y muy natural por donde quiera que se mire.

La Diputación Provincial iba a necesitar una renovación en el número de sus miembros, y Arturo se dió cuenta de que había que hacer honores para lograr un puesto de diputado por Jerez.

Y en la última lucha electoral, equivalente a decir en la última hornada, figuró el spormante impertérrito aficionado a los toros, triunfante por una buena cantidad de votos.

¡Ved como todo en la vida es proponerse!

* * *

Arturo Gordon—su gran sencillez y llaneza nos convidan a apearle el tratamiento—es un solterón impenitente de los que hizo la apología en sus «Películas de Cine» un escritor jerezano.

Viste descuidada y modestamente, no obstante disfrutar de algunas rentas; gusta tocar su cabeza de sombrero ancho y blanco, a lo sevillano; y, por encima de esos hábitos un tanto demócratas que bastan a definir su temperamento, es generoso y es bueno sin él conocerlo siquiera.

Pregona su generosidad y su hidalguía el celo con que estudia cuanto a la benéfica Asociación Jerezana de Caridad atañe y que a su actividad y religiosos sentimientos le es encomendado.

Su piedad, que es la bienhechora piedad practicada siempre por la benemérita casta de los

que ostentan su apellido, tiene su campo de acción en el citado establecimiento de beneficencia, al que pertenece en concepto de uno de sus más denodados paladines. Tan firme y consecuente que no sería aventurado pregonar *sotto voce*, que muerto su honorable tío carnal Monseñor Ilmo. D. Juan P. Sánchez-Romate (q. e. p. d.) a él se debe la intensa labor de administración sana y provechosa por que se rige aquella casa...

* * *

¿Que quisiérais saber más del exconcejal liberal *julista* por parentesco y diputado provincial D. Arturo Gordon y Sánchez-Romate?

Pues dejad que pase: en el pescante de su modesto coche pintado de celeste y al que ladra incesantemente un hermoso mastin, os dará la noción de su modo de ser en aquel punto de su vida que no hubiéramos tocado por ignorancia o a intención.



D. MIGUEL BARRÓN REGIFE

Notable pintor jerezano de porvenir.

—Señor, ¿cuándo acabará este azoramiento?—interrogamos al coger las cuartillas en nuestras manos.

¿Ha de ser muy duradera esta traidora inquietud? ¡Por vida de....!

¡Ya! ¡ya va!!

¡Otra vez el impaciente cajista dándonos prisa para que acabemos!

Lector, si alguna vez, por tu desgracia, —y te lo digo yo que lo estoy tocando!—te sintieras literato, lo que hayas de dar a la imprenta escríbelo en tu casa, despacio, tranquilo, sin aceleraciones.... Mira que si no, acabarás por desesperarte y no saldrá tu obra lo pulida que tú quieras. ¡Fíjate en la mía, que va hecha a empujones!

* * *

¡Que ya va, he dicho!
Indino cajista...

Con jubiloso entusiasmo nos disponemos a rendir pleitesía en los renglones que vamos garrapeando a un novel y ya notable pintor jerezano, excondiscípulo que fué de nosotros cuando en las aulas del Instituto aprendíamos algo de Historia y de Literatura. Algún capítulo dedicado al Arte había de formar en la serie de los que damos a luz.

Con Miguel Barrón aprendimos, años atrás, cuadros cronológicos de antiguas dinastías y versos de Garcilaso, el español soldado y poeta.

No es posible arrancarnos de la memoria el caso gracioso elevado a categoría de curiosa anécdota en la vida de estudiante del joven artista del pincel a quien admiramos sinceramente.

Dábamos aquel día clase con el catedrático de la asignatura en lucha con su sordera y nuestra poca aplicación, que dicho sea de paso, tenía su disculpa y fundamento en el defecto físico de éste.

A Barrón le tocó el turno en las respuestas al profesor, que gustaba dirigir preguntas aisladas a su veintena de alumnos.

¿Por dónde entraron los galos?—se dejó oír la voz apagada y tranquila de D. Antonio Góngora.

Una bomba arrojada a los pies de nuestro excompañero y amigo, no logra emocionarle tanto. Empezó a removerse en su sitio, alterado, nervioso, inquieto, aplicando el oído cerca de sus apuntadores, que lo eramos todos a un tiempo;

hasta que por fin, lanzando un suspiro de satisfacción, sereno, con el énfasis del que está en el secreto de lo que le presentan como enigma, se irguió diciendo, interpretando mal la indicación auxiliadora del más próximo de nosotros: ¡Por la *Gavia!*

Hubo alumno al que duró la risa una semana entera.

* * *

Lo deploraron muchos íntimos. Miguel Barrón desapareció del lado nuestro de la noche a la mañana.

Queremos recordar que nos dijeron haberle enviado su familia a terminar los estudios a Bélgica.

Después no supimos de su persona mientras tanto un periodista que nos abandonó trasladándose a la corte, no nos dió noticias de sus éxitos y de su aplicación en la pintura.

¿Como nació en él ésta vocación profunda por la paleta? ¿Qué milagro se obró en el alma del estudiante travieso, que a tal senda honrosa le condujo?

Ni remotamente hubiéramos podido nunca figurarnos los que le conocimos y tratamos ayer, esa transformación realizada en su temperamento.

¡Misterios del corazón del hombre!

* * *

Llegó a nosotros el anuncio con una fuerza de impresión que nos dejó en suspenso largo rato. El por aquel entonces incipiente artista, haciendo un alarde de despreocupación y valentía plausibles, había expuesto en un establecimiento de un pueblo un cuadro de los suyos, tomado de la realidad, representando una figura callejera muy popular; con todo su justo colorido, con el espíritu mismo del retratado en el lienzo, al decir de un inteligente. Y fué este tipo de la calle el individuo conocido por el *Zopo*, nombre con el que bautizó su estudio.

A Miguel Barrón no ha preocupado el refrán que pregona, como una sentencia, la suerte que corren los Prometeos encadenados a la roca de su vida humilde. Y ha triunfado del «nadie es profeta en su patria»

Discípulo de un renombrado maestro—creemos que Plá—pasó en Madrid hasta hace poco, perfeccionándose en el arte de Apeles en el que ya sobresalió y en el que no es aventurado asegurarle un espléndido porvenir. Lo reconocieron con su maestro los profesionales y *amateurs* que presenciaron su labor escrupulosa y delicada, de devoto.

Y en posesión de cierta adquirida soltura que imprime a sus cuadros la difícil nota de la belleza, tornó al rincón provinciano de cuyas figuras más salientes hizo su pincel diestro los retratos que han sido alabados por los aficionados y la prensa locales.

* * *

Hoy nuestro admirado amigo ha hecho un hueco en su corazón donde ha colocado el dulce amor de una mujer que se unió a él por toda la vida, al lado del altar que alzó en su pecho al divino don del arte que cultiva con fortuna.





D. Francisco Campuzano y de la Torre

— — —
**General de división retirado, Exgobernador militar de
la plaza de Jerez y Coronel que fué del laureado
Regimiento de Alfonso XII.**
— — —

De seguro no ha de faltar al autor un crítico descontentadizo que le salga al paso amonestándole con que la honorable figura del esclarecido General no tuvo por cuna este bello rincón andaluz.

De antemano le rendimos armas en la controversia; empero en nuestro descargo conviene apuntar que se hizo tan popular y conocido entre nosotros el honroso apellido Campuzano que es razón más que suficiente a considerarlo como hijo de Jerez.

Y en nuestra patria chica discurrieron los primeros años de carrera de aquellos oficiales distinguidos que tienen sus paternos afectos; y en época no lejana, a mayor abundamiento, estuvo en posesión del mando de la plaza, como Gobernador militar.

Aplíquese este razonamiento a la decisión nuestra de dar plaza en la caravana de siluetas que viene a formar el libro que echamos a la calle, a otras personas generalmente estimadas, y que en el caso del ilustre exgobernador de Jerez se encuentran.

* * *

Bien a pesar nuestro, poco y a más de poco torpemente expresado y peor compuesto tenemos que decir de la vida del General D. Francisco Campuzano y de la Torre. Porque ¿quién será capaz de sacar al propio interesado recuerdos de sus días en la medida de su deseo, hechos enaltecidos, sin herir a éste en su modestia? Y por otro lado ¿qué no callará el entrevistado si aquello que ha de emitir por medio de su palabra puede enojarle de algún modo.

Vemos que por aquí no es posible obtener resultado satisfactorio en el difícil cometido que nos hemos impuesto.

Únicamente los amigos dotados de buena memoria y admiradores de su historia son capaces de satisfacer la sed de noticias que sentimos a documentar debidamente el artículo en que intentamos retratarle.

Y ¡ay, que han sido tan escasas y nada concretas esas noticias!

Aunque *el autor no se arredra*, y pluma en riesgo, se decide a dejar alto el pabellón de su fantasía literaria aparejada con algunos anteceden-

tes biográficos y perfiles moral que harán si bien incompleta, exacta y fiel la semblanza del viejo y experto soldado.

* * *

¿Recordais haber leído los preliminares de algunos encuentros en aquella lucha que movía el odio de raza y que tuvo por escenario sangriento durante varios tenebrosos siglos los campos de Castilla la santa y Andalucía la ardiente?

¿No viene a vuestra memoria la ceremonia religiosa que era el alma de esos preliminares y en la que rodilla en tierra, los esforzados guerreros prontos a partir a la muerte o a la victoria, pedían a Dios por el triunfo de sus armas?

¡Piadosos tiempos cuyas voces suenan a leyenda y en que se invocaba el favor del Cielo llamando

En el nombre de Santa María
et de Don Jesucristo.....

que reza el Romancero!

D. Francisco Campuzano y de la Torre, General religioso y creyente, tiene el espíritu de los capitanes de entonces, espíritu de creencia que le honra y llena de orgullo.

Y es corriente verle asistir a los valiosos templos jerezanos en donde se celebran actos de fe que acaban con el elocuente sermón o la edificante plática.

* * *

Coronel de Caballería durante muchos años, con el número uno para el ascenso al generalato parecía con manifiesta injusticia como estancado en su carrera, mientras otros adocenados escalaban el grado apetecido merced al parentesco o la influencia.

Pero como todo tiene su fin más tarde o más temprano, lo tuvo la preterición de que fué objeto el meritisimo coronel; y al regreso del escuadrón de Alfonso XII vencedor en Taxdirt hecho famoso de armas que es algo del pueblo de Jerez—acudió a recibirle ¡ya era hora! ceñido del suspirado fagín el hoy General de division en situación de retiro, D. Francisco Campuzano.

¡Bien hagan las Juntas de defensa militares que a desterrar ese favoritismo y a mantener los derechos conquistados han venido!

* * *

Le hemos tropezado en nuestro acostumbrado paseo de la tarde.

Es el mismo de siempre, se conserva como en otro tiempo: más bien enjuto de carnes que otra cosa, alto empaquetado, nervudo, la recortada barba gris casi plateándole, los ojos delatadores de una inteligencia superior y el aire tranquilo y marcial.

Contando con el perdón de su Exelencia y vencidos por el deseo de darlo a conocer a los que

están ignorantes de que existe la figura de tan loables dones morales e intelectuales que paga con el honor que nos hace la hospitalidad que le brindamos, nos atrevemos a pergeñar su semblanza.

Y a él con toda nuestra simpatía y admiración se la ofrecemos.

FOL



Ilmo. Sr. Marqués del Salobral

Senador del Reino, Maestrante de la de Ronda, Caballero de la Orden de Carlos III, Comendador de la de Isabel la Católica y gran filántropo jerezano.

En verso, que es Arte noble,
va su retrato, señor;
quiero que vuestra semblanza
se acerque a vuestro blasón.

¿Su figura? Hecha en dos trazos:
rostro afable, raro don
de palabra, porte austero,
sobre el ojal una fior,
mostacho gris, cuerpo recio
y en el pecho un corazón
sencillo como ninguno,
tan abierto cual no hay dos.

No alcanza a cincuenta años,
Jerez su cuna meció;
y es este Marqués ilustre,
filántropo y Senador
jerezano por la cuna
por el sentir español.

¡Ni es inglés a la moderna
ni es en costumbres gascón!
Pasa su vida tranquila
disfrutando el dulce amor
del hogar tibio y sereno,
los ojos puestos en Dios.

Es piadoso y es creyente,
y así recoge el clamor
del desgraciado mendigo
que a su caridad llamó.

De cuna es su aristocracia;
proverbial su distinción,
y una pura cortesía
son sus maneras y voz.

Siempre su mano un consuelo
dispensa a toda aficción,
un reparo a la injusticia
y un lenitivo al dolor.

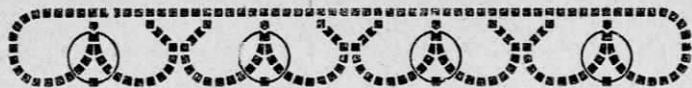
La Desgracia le bendice;
más las alabanzas son
para el Marqués un enojo,
que ni siquiera pensó
en el bién que practicaba
a impulsos del corazón.

Cádiz, la Atenas de España,
que le ama, pregónalo
como generoso prócer,
a quien por suerte debió
la realidad bienhechora
de su fiesta de la Flor.

Andaluz neto el Marqués
quiere a la tierra del Sol;
y en el Senado, en las Cortes,
continuamente favor
pidiendo para su pueblo
se deja escuchar su voz.
que es como un eco sincero
de su hidalgo corazón.

Ya veis que es poco un romance
a retrataros, señor;
pero cabe; a dar al cuadro
lo que el pincel no pintó,
decir que sois Caballero
de Orden de un rey español,
Maestrante de la de Ronda,
de otra Orden Comendador





D. Francisco Ivison y O'Neale

**Capitalista, aristócrata, inteligente y afamado químico,
espíritu refinado y corazón hidalgo.**

En alas de nuestra imaginación que es el Pegaso inquieto y volador que a veces nos lleva a regiones a las que sin él jamás podríamos llegar con la torpe forma de nuestra planta hecha solo para pisar por sendas plebeyas y escabrosas por los escollos que la vida a cada paso nos ofrece, nos hemos trasladado a una suntuosa morada en donde, parodiando al insigne autor del Quijote, toda severa elegancia y toda distinción tiene su asiento.

Y a este viaje del pensamiento coadyuvó con sus noticias un oficioso amigo que amablemente nos fué diciendo lo que la nunca satisfecha curiosidad que nos espolea le demandaba.

Muebles sencillamente lujosos, con un sello de aristocrática distinción, enseres pulimentados vestidos de encajes y primores, nos hablan con

lenguaje mudo del espíritu lleno de exquisiteces del dueño de la casa.

Se llama este aristócrata D. Francisco Ivison y O'Neale. En la expresión que el lector dió a su rostro al escuchar su nombre hemos descubierto lo que deseábamos.

Sabemos desde ahora que conoce al ilustre químico que pasamos a siluetar.

Y vamos a demostrar cómo el señor Ivison y O'Neale no es solamente un miembro de nuestra más florida aristocracia; sino un descendiente directo de la más rancia nobleza jerezana.

Husmeando en los legajos innumerables que en el Archivo Municipal se conservan cuidadosamente como tesoro histórico de incalculable valor, entre otros testimonios, tropezamos con un pliego suscrito por el señor Ivison con fecha de 17 de Octubre de 1913, en el que se solicita del Excmo. Ayuntamiento certificado de nobleza de D. Pedro Agustín Rivero y de D. José Rivero, sus ascendientes, incluidos según indicación del solicitante en los padrones de esa índole formados por el año 1782.

Y no se entienda que lo hace con objeto de halagar su vanidad; determinados fines en cuya averiguación no queremos entrar, muévenle a presentar al Cabildo el escrito, como en él se pone así de manifiesto.

El sabio químico ni es vanidoso ni petulante; le basta con tener, sobre la alcurnia de familia el

señorío del talento. Lo reconocen con nosotros cuantos han tocado de cerca las excelentes dotes de clara inteligencia y superior discernimiento de D. Francisco.

* * *

Poseedor de un buen capital y gozando de una juventud que en él no declina, se diría que vive alejado voluntariamente de la sociedad, excepción hecha del trato de algunas amistades escogidas que le honran con sus visitas.

Agrádale en extremo ese recogimiento suyo que le brinda placeres no hallados en nada que no sea el cultivo de sus aficiones.

¿Y que mayor ventura se podría encontrar para cualquier espíritu noble y pacífico, que darse a la constante lectura de los libros amigos y al cuidado y crianza de un hermoso perro, fiel e inseparable amigo del hombre?

Pues aquí teneis el flaco del ilustre capitalista, cerebro alto y fecundo.

* * *

Sus ideales..... ¡válame Dios y en qué estrecho callejón nos hemos metido! sus ideales, decimos, son pocos conocidos, que no gustó jamás el señor Ivison exhibir lo que sólo dentro del alma debe quedar en aquellos hombres que hubieron noción abierta de lo que significa el sagrado ídolo que en el altar del pecho recibe nuestra adoración.

Sin embargo, queremos recordar al hablar de tan arriesgado punto en las páginas que con gusto le dedicamos, la propaganda que a su iniciativa se hizo con la proyección de las películas del frente aliado en el «Salón Jerez» el pasado invierno de 1916.

* * *

Ivison y O'Neale son apellidos distinguidos que elevó a más alta consideración y relevante aristocracia este descendiente de la noble casta jerezana que los ostentó.

Venid con nosotros; observadlo allí en su pequeño laboratorio particular que mantiene una afición desmedida, ceñida la larga bata y las manos diestras mariposeando febrilmente por entre pipetas, destiladores y frascos coloreados. Está en su temperamento, adusto el ceño que desruncie el gesto de satisfacción que llevó a sus fábricas el hallazgo de la fórmula apetecida con ansiedad.

A ver si advirtiéndole en su difícil tarea que nos lo representa como una figura nigromántica de otro tiempo, no pensais con nosotros que es harto digno de la deficiente silueta que le tributamos, el laborioso hombre de ciencia, mago de la química y admirado capitalista D. Francisco Ivison y O'Neale.





D. Francisco Merry y Ponce de León

Bizarro comandante de Caballería, Caballero de la Orden Piana, Cruz de la Real y Militar Orden de María Cristina, espíritu altruista y articulista galano y sincero.

Escribir la larga y gloriosa historia militar del comandante Merry haciendo gala de pormenores y detalles minuciosos, sería punto menos que imposible. Por tal motivo nos limitaremos a apuntar algunas noticias que de su vida guerrera tenemos, señalando de paso ciertos detalles importantes en él que son suficientes a formarse una cabal idea de su figura.

* * *

Le conocéis todos. Sus perfiles físicos no son ciertamente precisos a quedaros con su silueta; lleváis su retrato grabado en la imaginación.

Demasiado meritorios han sido sus actos públicos, para que hayáis dejado de interesaros en conocerle.

Todavía está reciente el hecho de alto civismo practicado por D. Francisco Merry en las humildes personas de unos barqueros que arriesgaron su vida generosamente por salvar las de otros semejantes, certificando su heroísmo y pidiendo para ellos la recompensa merecida.

El bizarro comandante D. Francisco Merry y Ponce de León, es así.

Y no pudiera ser de otra manera, aunque a ello se propusiera el hidalgo y cristiano Caballero de la Orden Piana y Cruz de María Cristina.

Ganó honrosamente las citadas condecoraciones que le enaltecen y encumbran, en un tiempo en que las plateadas estrellas de teniente de caballería bordaban su uniforme aún.

Fué allá, en tierra cubana, suelo tan regado por sangre española, donde el bravo oficial conquistó los mejores laureles de su carrera.

Nos ponen en antecedentes de su hazaña famosa amigos de edad provectora.

Oidla, que es digna de ser escuchada.

Una formidable legión de manbises que hacía retroceder a un puñado de valientes, compatriotas del héroe, había entrado al saqueo en un pueblecito perteneciente a la jurisdicción de Manzanillo, cabeza de partido en aquella isla. E iban a ser objeto de profanación por parte de las filas de insurrectos, templos y hogares.

Presintiéndolo de este modo y guiado por sus arraigados sentimientos religiosos, el teniente

Señor Merry dió libertad a su furor piadoso que encendía la fé y antes de que los sacrílegos tuviesen tiempo de reponerse y evitarlo, espada en mano, como un capitán de las Cruzadas del siglo XII, penetró en la Iglesia del pueblo invadido y arrancó, como quien dice de manos de los profanos, los sagrados instrumentos que el Tabernáculo encerraba.

¡Magna epopeya de este fervoroso creyente que alaba y adora a Dios en la Eucaristía....!

Hubiéramos sido nosotros el poeta del «Romancero Xerezano» y ya habríamos dedicado, con caracteres de oro, el más pio y ardoroso romance a nuestro biografiado.

* * *

De casta le viene al ilustrado y heroico comandante de Lanceros de Villaviciosa ese espíritu de creencia religiosa y de piedad cristiana.

Que, por si el lector lo ignora, le hacemos saber que el Sr. Merry y Ponce de León es sobrino carnal de su Eminencia el admirado Cardenal Merry del Val, quien conoecedor de la grandilocuente hazaña del soldado católico, le elevó, después de comunicada al Papa, a Caballero de la pontificia Orden antedicha. En el mismo grado de parentesco se halla respecto al célebre diplomático Embajador que fué de España en Portugal y que ostentó los apellidos de su Eminencia.

* * *

D. Francisco Merry, estimado jerezano aristócrata puede mostrarse orgulloso con justicia de su brillante carrera militar de hechos gloriosos.

Era poca cosa para sus loables aspiraciones el envidiable expediente de Cuba; y en 1910 figuró en Melilla al mando del laureado Escuadrón de Alfonso XII, que tan altos dejó los prestigios del Arma en la cantada carga de Taxdirt.

Y honores más altos le estaban reservados.

Hubo de marchar el veterano coronel de su Regimiento D. Fernando Pastor, e interinamente, hasta tanto no tomaba posesión del mando de aquél otro colega de igual categoría, el querido y respetado comandante de Lanceros quedó al frente de la tropa en cuyo destino accidental logró el aplauso general de sus subordinados.

* * *

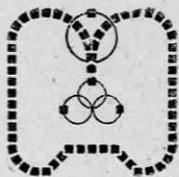
Y con esto pasamos a estudiar otro aspecto bajo el cual es merecedor de ser tratado el militar pundonoroso.

El comandante Merry—como aquí familiarmente le denominamos—maneja la péñola gallarda y pulidamente, de forma que da enojos a muchos profesionales. Y en las columnas del decano de nuestra prensa local está el testimonio evidente de lo que decimos.

Sus artículos, sinceros, fluidos, cortos quizás en consonancia con el pensamiento de un moderno escritor sobre la característica de la literatu-

ra del día, nos han deleitado—envidiada virtud en repetidas ocasiones.

Por eso, a rendir un homenaje de simpatía y compañerismo nos atrevemos a bucear en el montón de reliquias de su historia; atrevimiento de tal magnitud que su sola consideración nos hace poner punto a este párrafo, con el que terminamos.



Ilmo. S. D. Manuel González de la Peña

Caballero Cruz y Placa de la Orden Civil de Beneficencia, empleado por oposición del Banco de España y humanitario aristócrata

Figuraos un hombre talludo, joven, inteligente, activo; con un no se qué de aristocracia en sus maneras y tendreis una idea de los rasgos físicos de quien encabeza con su nombre la semblanza de este día.

Descendiente de distinguida familia cuyo jefe abrazó la profesión de militar perpetuase en él lo que era tradicional en sus ascendientes: un espíritu hondamente cristiano y un corazón pródigamente humanitario.

D. Manuel González de la Peña—ha de agradecerle seguramente el liso y llano lenguaje nuestro, en el que se repudia cariñosamente el tratamiento de ilustrísimo—como la mayoría de los

vástagos de casa adinerada a los que la vida moderna impone el trabajo que les ennoblece como hábito necesario a cubrir sus necesidades perentorias, es empleado. Y no un empleado vulgar, del montón; sino un alto dependiente del Banco de España con destino en la Sucursal de Jerez; plaza que ganó por sus propios méritos, reconocidos por sus superiores, y por cuantos tuvieron motivo de apreciarlos.

Y entre esos méritos o prendas personales se cuenta el temperamento activo que le hemos asignado.

A Peña—que le denominan sus amigos—se le tiene por un cerebro comercial despejado que confirman sus dotes de excelente calculista.

Y no contento con la labor diaria a que está obligado respecto al Banco acepta los múltiples ofrecimientos de industriales, que le llaman para el saneamiento de su contabilidad o para la dirección de sus libros.

* * *

Viene a nosotros al hablar de otra cualidad característica suya el recuerdo de Petronio, el gran poeta latino, del que el apreciado *spormant* no tiene la fibra artística; pero sí el apego a la elegancia que hizo objeto al primero del título de *árbitrus eleganciorum* con que le distingian sus contemporáneos.

Inútil es que nos esforcemos en demostrar la

verdad de este punto cuando a la vista de todos vosotros surge su figura inconfundible, atildada, indumentada con arreglo a la moda última, flamante, a estilo inglés como un verdadero *gentleman*.

El vestir bien, lo *chic* en la ropa, es, como si dijéramos, la obsesión de D. Manuel González de la Peña.

Bienaventurados los sastres.....

* * *

¡Y los pobres!

A nuestro siluetado adornan bellos sentimientos caritativos y piadosos.

Son más que conocidos estos sentimientos del señor González de la Peña y Alonso Fernández.

No se ha celebrado *Kermesse* con fines humanitarios, fiesta benéfica organizada por las hermosas damas jerezanas que unen a la hermosura del rostro la belleza y el tesoro místico del alma en la que no haya sonado repetidamente el nombre de Peña.

Parece este corazón filántropo como algo inseparable de esos festivales.

Y a mayor hazaña, echándose el peso de un sacrificio más sobre los hombros, ocupa—nos trasladamos al pasado—un cargo importante en la Directiva de la Asociación Jerezana de Caridad, y se desvela por el cumplimiento de su de-

ber en el seno de la Junta de la Institución de la Protección a la Infancia.

¿Que se lleva a la práctica un acto público en el que la caridad sirve de base? Pues allí se le advierte ayudando a otros en su cometido, desempeñando el suyo como nadie fuera capaz de desempeñarlo.

¿Que son pocos los juguetes para inaugurar la rifa en la caseta improvisada una noche de verbena? ¿que se requieren muchos más? No hay que apurarse: los buscará él, Gonzalez de la Peña, el hombre hidalgo y de corazón generoso.

Y luego, que hablen, que murmuren, que digan lo que quieran los envidiosos, los incapaces de sentir en su pecho un arranque noble y altruista.

No sabe lo que hace el que con la víbora del odio en su alma, contribuye de algún modo a ahuyentar de esas filantrópicas entidades un corazón honrado y bueno como el de quién hablamos.

Por algo puede ostentar con orgullo la condecoración de Caballero de la honrosa y enaltecedora Orden Civil de Beneficencia, galardón reservado solamente para los elegidos del Bien, el Ilmo. Sr. D. Manuel Ganzález de la Peña y Alonso Fernández, del que dibujamos la figura en uno de los postreros lugares, porque así cayó, de «Bronces Jerezanos»

Pero no importa; los últimos serán los primeros.



D. José Granados Mantecón

Cónsul de San Salvador, rico exportador de vinos y jerezano emprendedor e ilustrado.

Queremos comenzar el presente capítulo con sincera llaneza, sin ampulósidades de léxico, cual conviene al carácter y al sencillo modo de ser de aquel a quien va dedicado.

Nuestro joven y respetado amigo D. José Granados, copropietario de la casa exportadora que gira bajo la razón social de «Juan Granados é Hijo» no es de esos pedantes señores que exigen un lucido y largo exordio al visitante antes de entrar de lleno en la proposición que se les ha de explanar.

Y esto nos place en extremo a nosotros que sentimos honda afición por ese desuado lenguaje que llama al pan por su nombre y al vino por el suyo, y que va derecho y sin embarazosos rodeos, por la línea más corta al punto que persigue.

* * *

Tenemos en la retina los rasgos físicos del joven exportador, convecino nuestro, D. José Granados Mantecón.

Ni es alto ni es bajo; es su rostro el trabajo y la solemnidad en el esparcimiento han puesto un sello muy propio en aquellos que a la labor incansable se consagraron.

Llama a nuestra atención, apenas teneis la satisfacción de tratarlo, (pues de seguro habreis de salir encantados de la visita que a su casa hagais) la amabilidad y la excelente corrección con que sois recibidos por el ilustrado bodeguero.

Hablamos por experiencia. Nos gusta responder de nuestras afirmaciones sin el auxilio de consejeros; después que hemos sido testigos de los hechos que pensamos relatar.

Y firmemente respondemos hoy de la verdad de las nada vulgares cualidades que asignamos a la apreciable persona del señor Granados.

¿Llegaremos a herir su reconocida modestia con la publicación de la semblanza que en testimonio de nuestra consideración y aprecio le brindamos?

Semejante duda nos ha asaltado, atormentándonos, al escribir las últimas palabras sobre sus envidiables dotes de hombres sinceros y laboriosos.

No obstante, duetemos dejar en el anónimo lo que la pluma trasladó al papel como expresión real de honrados sentimientos, y no pudiendo resistir la tentación de exponerlo al público, aún situándonos frente al enojo del admirado amigo a quién enfocamos en esta ocasión con el objetivo de nuestras consideraciones, sacamos fuerzas de flaquezas, y ayá nos lanzamos con su silueta por el estrecho y árido campo de este libro.

* * *

Estimado en lo que vale a D. José Granados personas de todas las clases sociales.

Conócenlo en su buen acogimiento periodistas y agentes de propaganda, para los que siempre tiene, en la medida de sus deseos, satisfactorio y amable recibimiento en sus ofertas. El distinguido exportador se hizo partidario incondicional del dístico francés que creemos recordar dice así: *Un comerciante con 100.000 pesetas de capital y 100 pesetas para anuncio en su presupuesto, se arruina irremisiblemente.*

Más de una vez le hemos apreciado nosotros ese espíritu propagandista que le enaltece a los ojos de todo amante de la publicidad por medio del periódico, el foyeto o la revista.

Y es que en justicia entendió que era digna de ser anunciada en dos continentes la bien y merecidamente acreditada marca de su vino bautizado con el nombre de «Pepita.»

Vendrán a abundar en el fundamentado juicio que de su rica solera asentamos, los que tuvieron la suerte de saborearla. Aunque en la actualidad—apliquen el oído periodistas y agentes de propaganda—se resista por lo crítico de las circunstancias, a atendernos en las proposiciones de carácter informativo respecto de sus bodegas ofrecidas a su consideración.

* * *

Siempre atento al cimentado negocio con que en unión de su señor padre el respetable D. Juan conquista los más difíciles mercados, nuestro amigo no descansa en sus tareas comerciales; y ora le tenéis ocupado en los trámites que impone el registro de una nueva marca de vino, ora le encontráis viajando por la Península ofreciendo su solicitado Amontillado Fino "Pepita."

Y pónese luego al frente del escritorio de su casa y vigila después las faenas de la bodega, deseoso de que salgan de ella los genuinos caldos con la virtud y la excelencia que contribuyeron a su fama; y todavía le queda tiempo para dedicarse al Consulado que en justa estimación de sus méritos le fué concedido por el gobierno de San Salvador hace algunos años.

Este es, a grandes rasgos cincelado el *retrato* de D. José Granados Mantecón, ilustrado joven y rico exportador de vinos de Xerez.



D. Rafael Esteve y Fdez. Caballero

Distinguido y probo arquitecto municipal, Caballero de la Espuela de oro de San Silvestre, persona de gran modestia y hombre de indiscutibles méritos.

¿Qué hace ese hombre parado ahí un largo rato frente aquel edificio medio en ruinas? ¿Qué impulsos le guían ahora a dar la vuelta al caserón vetusto con insistente atención en el solar abandonado? ¿Es algún turista que a visitarnos llegó, codicioso de conocer nuestras joyas arquitectónicas? ¿Quizás algún amante del arte sabio de la Arquitectura que saborea el estilo Renacimiento o plateresco que impera en la construcción de la fachada?

Ni una cosa ni otra.

Preguntad al transeunte por el nombre del curioso personaje a quien *in fraganti* sorprendimos en observación y os dirá que se llama D. Rafael

Esteve y Fernández Caballero, arquitecto municipal de Jerez.

* * *

Con gran temor y reparo que justifica su modestia que no aplaudimos, pues no han de estar ocultos la virtud y el mérito, damos principio a su semblanza, asegurándonos en el pensamiento de que si otros individuos fueron acreedores al honor que les dispensamos de insertar sus siluetas en esta publicación honrándonos también nosotros al realizarlo, ocupando uno de los primeros lugares entre esas personas se encuentra el biografiado en el capítulo que al lector ofrecemos.

En tal punto de razón—y es difícil que nos convenzan de lo contrario—intentamos dibujar sus líneas generales, valiéndonos para ello del recuerdo de la vista.

* * *

Cuenta D. Rafael Esteve a la sazón unos 45 años de edad. Conocidas de todos son sus costumbres austeras, que abonan una admirable sencillez y un voluntario alejamiento de las exhibiciones del mundo.

A veces con las manos cruzadas en la espalda, en ocasiones el inseparable bastón en la diestra que rítmicamente lo hace trazar en el aire giros isócronos e iguales, casi a diario, se entrega a su misión de inspeccionamiento de obras y

edificios, en cuya labor pone gran escrúpulo y constancia. No en balde su acrisolada honradez le dicta que ha de ser así a merecer las mensualidades que por el Ayuntamiento de que depende le son consignadas en presupuesto—hay que decirlo hoy de este modo—en concepto de sueldo como empleado que aquél tiene a su disposición.

Al probo y digno arquitecto municipal de Jerez, no se le conocen sino simpatías y amistades cariñosas por todas partes.

Dedicado enteramente a su trabajo y al estudio propio de su profesión, se diría que apenas dispone de tiempo para otra cosa. Se nos figura, que como aquellos soñadores alarifes moros que tejieron los delicados encajes árabes de la Alhambra, él sueña con la realidad apetecida de sus obras maestras, y no da acogimiento en su ánimo a nada que no se relacione con el trazado ingenioso de sus planos.

Nosotros hemos sido los afortunados esta vez. Ni en Anuario ni en Guía alguna se apunta el título, único, pero bien ganado, que conquistó hace tiempo con su talento y su práctica el señor Esteve.

Uno de los hombres que estiman en mucho su amistad nos facilita la nota que es como el historial de su vida de triunfos, y que reproducimos sin quitarle punto ni coma. Encierra, o por mejor decir, contiene intacta más verdad y más literatura que si por nuestra pecadora pluma pasara.

«Habiendo terminado la carrera el año 1892, empezó desde esta fecha a trabajar en la localidad, dirigiendo varias obras de nueva planta y multitud de reformas y consolidación.

Desempeñó la plaza de arquitecto auxiliar de este Ayuntamiento a principios del año 1899, siendo nombrado arquitecto municipal de Cádiz en Septiembre del mismo año; cargo que ejerció hasta fines de 1901 en que se le concedió la de arquitecto de Jerez.

Entre las obras particulares que ha dirigido, pueden citarse como de más importancia, la de apeos y consolidación de la Iglesia parroquial de Santiago, a causa de la ruina de uno de los pilares que sostenían la bóveda, por cuya meritoria labor fué distinguido por su Santidad el actual Pontífice Benedicto XV con el nombramiento de caballero de la Espuela de oro de la Orden de San Silvestre. Sigue la construcción de la Escuela graduada de niños que costó y donó a la ciudad Doña Carmen Benitez, virtuosa y caritativa dama (q. s. g. g.). La fábrica de botellas «La Constancia» y la construcción de la segunda chimenea y nave del tercer horno, de la llamada La Jerezana; el teatro Eslava; barrio obrero, y cuantas han sido necesarias y ejecutadas en las obras municipales de su incumbencia.

Además, en poblaciones de la provincia ha llevado la dirección de otras, entre las que merecen citarse: En Cadiz, el Asilo de Salesianos situado

en Puerta de Tierra; terminación de la Iglesia del Beato Diego de Cadiz; varias reparaciones en otras iglesias y la ampliación del Hospital de mujeres que actualmente se ejecuta.

En el puerto de Santa Maria, la terminación y ampliación del magnífico Hospital de San Juan de Dios y templo adosado al mismo que fueron costeados por la Excm. Sr. Doña Micaela Aramburu, viuda de Moreno de Mora.

En Chiclana construyó el Hospital de San Martín, y por último, es suyo el proyecto de conducción de aguas potables a Villamartin.»

Inquiera más datos sobre su carrera quien no se dé por satisfecho con estos, y no se olvide de hacer luego con todos ellos juntos, adornándolos con las flores de su fantasía, una sencilla guirnalda que ofrecer al inteligente y admirado arquitecto, por que mejor sea recibida en su humildad y en su modestia.





D. Fermín Aranda y Fdez. Caballero

Eminente cirujano, médico del Hospital de Sta. Isabel
Presidente de la Asociación de Médicos Titulares,
hijo predilecto de Jerez y expolitico re-
publicano.

La Musa popular, que con la voz de sus inspiraciones nos dice constantemente al oído, ingenuamente los sentimientos que en su corazón impresionable movieron los hechos de los consagrados por su alma, nos ha hablado más de una vez con esa lengua sabia suya del ambiente halagador en el cual se desenvuelve este ilustre jerezano que, conviviendo con nosotros y sin salir del amado rincón provinciano, llevó su nombre al corazón de España para dejarlo allí admirado en otras altas esferas.

Se hace rancio el aire del pueblo a fuerza de pasar por él, sin mengua de su oficio, el tiempo; pero cuando se hizo viejo y anticuado, suele la memoria de los que le escucharon gozarse en recordarlo por volver con el pensamiento a la edad pasada, combinando los renglones cortos que le dieron forma y que fueron como su espíritu impalpable.

Y esto nos ha ocurrido a nosotros hoy. No bien hemos garrapateado el título que sirve de patrón al presente estudio, y ya nos asaltó la copla callejera que ayer,—según la frase feliz del más grande poeta colorista del día— como mariposa alada y multicolora, fué de boca en boca, inquieta, febril, muchos meses, algunos años:

Ahí viene D. Fermín
con su botiquín.....

¿Y quién no la grabó en su mente primero y la tarareó después instintivamente, sin querer, de tanto oírlo?

* * *

Miradlo venir por allá, en su carruaje que es como de campo, descuidado, sin acharolados cueros ni herrajes brillantes. Viene solo, sin acompañamiento, los ojos abiertos, grandes, (cazadores de la Muerte que la descubrieron y la persiguieron valientemente, con el arma de las manos diestras); y la barba luenga, espesa, ancha, del color de la endrina que se le despeña

por la vertiente aguda del pecho dando al rostro una cierta expresión de rudeza, de majestad, de hombre primitivo.

Es el cirujano celebrado, el maestro del bisturí, el artista excelente de la cirugía.

* * *

Nació al mundo D. Fermín Aranda un día de Septiembre del año 1866; cuenta pues, a la sazón 51 años de edad. A los 17 había cursado con notable aprovechamiento los estudios del Bachillerato revalidándose de éste en Jerez en 1883.

Sintiéndose con vocación para la medicina, estudió la mayor parte de los de Facultad en la de Cadiz, pero habiéndose originado en una ocasión protestas y algaradas estudiantiles en las que él tomó cartas, se vió obligado a terminar la carrera en la capital de Andalucía, obteniendo la Licenciatura en 1890.

Hecho médico, adornose con las alas de sus aspiraciones, elevose con vuelo de elegido, y vino a caer en Paris, entrando en la afamada clínica del doctor Seesnós quién admirador de sus buenas cualidades de operador le hizo jefe de su dependencia profesional. Esto ocurría por el año 1893, en que también conoció los institutos de los eminentes cirujanos franceses Péan, Lucas-Championier, y Redus.

Al poco tiempo sus ansias inauditas de perfeccionamiento en el arte de Hipócrates, le llevaron

a Berlín, Lyon y Marsella, buscando siempre los adelantos últimos habidos en el arte quirúrgico.

* * *

D. Fermín es médico del Hospital de Sta. Isabel desde 1895, en cuyo cargo se ha distinguido honrosamente por las múltiples y variadas intervenciones que ha practicado con resonantes éxitos.

Mas el diablo que todo lo enreda, aparte los triunfos que cimentaron su fama, quiso poner un punto gris en la historia de su vida médica, mostrándole al pueblo como poco cumplidor de sus obligaciones en el indicado centro benéfico, valiéndose para ello de la mano de un joven ex-alcalde conservador, no sabemos si en este juicio equivocado o recto.

¿Cuestión puramente personal? ¿Disidencia política?

Adivínelo, si puede, el lector.

En 1896 el cirujano eminente, prez de la región andaluza estableció por cuenta propia el «Instituto Operatorio» que bajo su dirección funcionó en Jerez hasta 1904.

Y aquí termina la que pudiéramos decir etapa primera de su brillante carrera de operador.

Y entramos en la segunda y definitiva.

* * *

Hacia tiempo que el señor Aranda mostraba

deseos de curar una lesión de corazón; y el de un niño interesado por el arma infanticida de otro realizó el milagro que soñaba.

Corría el mes de Septiembre (¡en el mes de su nacimiento había de ser!) del pasado año de 1916. Una noche, sobre la camilla de operaciones de la Casa de Socorro descansaba un muchacho gravemente herido. Examinado el pecho, que sangraba, y hecho el diagnóstico por el profesor de guardia en el citado establecimiento se le apreció una incisión en la víscera cardiaca que dividía el pericardio (saco seroso que envuelve aquella víscera) y que alcanzaba a algunas fibras miocárdicas (tejido muscular del corazón).

D. Fermín invitado por el compañero que asistía al lesionado, salvó de una muerte segura a la pequeña víctima que a la hora presente bendice su sabiduría y destreza, lleno de gratitud.

A partir de ese día nuestro biografiado escaló de un gran salto la cima en donde le colocaron su pericia y talento.

La Academia Médico Quirúrgica española le pidió noticias del caso, y en una bella conferencia dada en el seno de tan docta entidad, expuso con sencillez de lenguaje el hecho, que hubo de merecer la aprobación unánime y el aplauso de los miembros que la componen.

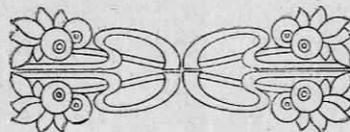
Y relegáronse entonces ideales políticos, diferencias y rencillas personales y Jerez entero, pueblo y autoridades, fueron a recibir al ilustre

médico a su regreso de la villa y corte en la que había alzado con orgullo el pabellón de su tierra.

Más tarde, sus íntimos, admiradores y compañeros brindáronle con un banquete, le hicieron el presente de un bisturí de honor, y el Ayuntamiento bautizó con su nombre ya esclarecido, una de las calles jerezanas, tras nombrarle hijo predilecto de la ciudad donde nació al mundo.

* * *

Hombres como D. Fermín Aranda son los que necesita el estadio de la Medicina Española para llegar a la cima en su humanitario cometido.





Don Marcelino Picardo y Celis

Alcalde por Elección del Concejo Jerezano, Cruz
de la Real Orden del Mérito Militar y
labrador capitalista

El mero hecho de haber sido exaltado recientemente a la primera magistratura popular, por si no fueran bastantes sus méritos como ciudadano y su elevada posición de labrador rico, le ha dado carta de naturaleza en el campo de nuestras semblanzas sobre el que dejamos aquellas impresiones que en nosotros puso la psicología de los hechos en la vida de D. Marcelino Picardo.

Concejal del Ayuntamiento de Jerez por elección legal, apenas si concurría a la Sala Capitular a donde su cargo edilicio le requería para tomar parte en la administración y gobierno del pueblo.

Más atento a la labor de sus extensas fincas rústicas teniendo en cuenta la frase sentenciosa

de que «el ojo del amo engorda al buey,» el actual Alcalde de la ciudad eminentemente agricultora discurria los años de su existencia entre el manejo de sus negocios y el cuidado de sus campos.

Vástago de apreciable familia, el señor Picardo contrajo matrimonio con una distinguida señorita jerezana que unía a sus dotes de bondad y privilegio de cuna el derecho a una respetable herencia.

Pero no hizo falta que esa fortuna tuviera realidad para sentar la base del capital que hoy se le reconoce al usufructuario de la Alcaldía que nos da órdenes y nos impone tributos.

Apreciando sus nada vulgares aptitudes para la dirección y el fomento de la labranza de sus anchas y fecundas tierras, su padre político, el aristócrata hacendado señor Aranda, de grata recordación, le inició en sus explotaciones agrícolas poniendo a su disposición una de las haciendas que formaban su fuerte patrimonio, y que el inteligente y práctico heredero político lleva cuidadosamente de varios años acá, perseverando en la prosperidad del legado que fué el principio de sus riquezas actuales.

* * *

Y un nuevo Cincinato surgió en esta edad. No han sido los patricios romanos los que le eligieron, ni el Senado el que le recibió hecho Cónsul. Unos electores con libertad de sufragio han bas-

tado a llevarle al puesto honroso tan apetecido por otros más o menos políticos *sui generis*, que él ha aceptado por disciplina verdadera.

Los ediles sus cofrades lo quisieron así, y por votación dos veces repetida, como ordenan las últimas disposiciones Reales, entre los miembros del Concejo, se le confirió la investidura de Presidente del mismo.

¿Y qué más lógica y natural representación que la cifrada en un grande profesional de la Agricultura podía hallar el pueblo cuyo término de tierra feraz y cultivable se extiende a muchas leguas a la redonda dando envidia a otras renombradas zonas de igual naturaleza que ella?

* * *

Satisfecho puede estar D. Marcelino Picardo y Celis nuestro joven alcalde, del triunfo que significa su exaltación al cargo difícil y escabroso que desempeña: le cupo en suerte el honor que no alcanzaron sus antecesores en la Alcaldía, de ser elegido y nombrado por expresa voluntad— que tal creemós— de los que han de prestarle su concurso y aconsejarle en la práctica de su misión administrativa.

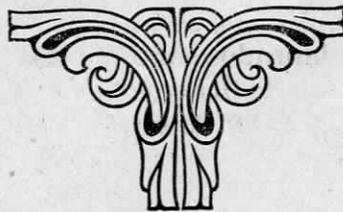
Partidario consecuente y firme del andismo, sin mas aspiraciones que el buen encauzamiento de la Hacienda municipal y ajeno a los deseos de lucro de algunos aunque con ello se perjudique y resienta el Erario, Don

Marcelino Picardo—ojalá no profeticemos equivocadamente—ha de conducirse de forma que respondan sus actos al concepto en que de sano y escrupuloso administrador le tenemos.

* * *

Parece que como si hubieran encarnado en él la genuina voz y el religioso sentimiento del pueblo, un tiempo poderoso y espléndido, el destino, asaz voluble y asaz justiciero en sus caprichos, quiso darle antes del día señalado para tan alta solemnidad esa representación que ostenta porque renovara, encarnando el espíritu de la ciudad hidalga y caballerosa que rige, el voto de defensa y sostenimiento de la Concepción Inmaculada de María.

Y este es un hecho histórico y de trascendencia indiscutible que le ha de sumar inopinada, pero merecidamente, al número de los ilustres representantes que fueron de Jerez.





D. Juan Bautista Bello y Rios

**Juez decano de instrucción del distrito de San Miguel,
excelente escritor y corazón bondadoso
y magnánimo**

Hasta el oculto retiro
en donde asienta el silencio
como el alma de las cosas
que tienen nuestros afectos,
nos trajo ya entre alabanzas
la voz ingénuo del pueblo,
el nombre de esta figura
de admirados sentimientos
a quien dedicamos hoy
la pobre flor de unos versos.

Raya en una edad madura,
y aunque no es joven, no es viejo;
tiene un carácter afable

y un sentir hondo y discreto;
trato sencillo, buen fondo,
a veces algo severo
de tanto estudiar sumarios,
de tanto dirimir pleitos,
como juez honrado y justo
a su misión siempre atento.

En esta tierra de hidalgos
a la que llegó hace tiempo
el que inspira este romance
abogado de talento
pasa estimado de todos,
ignorado por los menos;
que sus virtudes reales
han alcanzado el aprecio
y estimación merecida
de los que verlas quisieron.

La caridad es su lema,
su flaco es el arte bello
a cuyo alcázar hermoso
en el que puso algo el cielo,
no llevan sendas doradas;
se va por largos senderos
que los abrojos alfombran
y hacen limpios los ensueños.

Y da ayuda al que la busca;
y pan ofrece al hambriento,
y exhorta con sus palabras
al recluso satisfecho
por su piedad y largueza
de que otros toman ejemplo.
Y forja renglones cortos
de muy variados metros,
con cierta maga soltura,
sonoros, limpios y amenos
que él guarda como tesoros
que no hubo en su vida Creso.

Bien hace el juez competente
a quien el honor debemos
de su estancia en esta tierra
a la que otra vez ha vuelto.
Piense aquel que le moteje
cabe de iluso o excéntrico,
que poeta y juez fué Cervantes,
el autor del libro inmenso
vertido a todas las lenguas
y extendido a todo pueblo.



D. Juan Montes de las Torres

Operador pedicuro de S. A. E. el Infante D. Antonio de Orleans, profesor de masaje con estudios en el Instituto Rubio de Madrid, manicuro y hombre de toda celebridad.

¿.....Y por qué no, aunque su busto se haga de yeso, cual conviene a su democracia, si es *popular* y *notable* de alguna manera esa persona? Hemos respondido a la objeción de nuestro interlocutor.

Y firmes en la opinión que en un principio sustentamos, tras exponer razonadamente los fundamentos que la mantienen, nos dirigimos al domicilio del flamante pedicuro (vulgo callista) quién hace un buen rato que nos espera impaciente.

Nuestro admirado si que también excéntrico amigo a cuya simpatía nos debemos, conocido

en el mundo por el retimbombante y prosopopéyico nombre de guerra de Montes de las Torres—este *de las* proviene de cuna, por más que muchos de sus admiradores se resistan a creerlo—se desvive por todo aquello que redundando de paso en su beneficio, signifique exhibición con aparato o sin él. Y con ello da una gran prueba de su práctica mundológica.

Su vida entera está cifrada en la barnizada caja manual que guarda los instrumentos propios de la profesión que ejerce. Esos instrumentos son sus piés y sus manos, al decir de la expresión corriente.

No vamos a trazar aquí sus perfiles exteriores: el hecho de tenerlos grabados vosotros en la retina nos releva de ese trabajo inútil.

Ibamos diciendo que nos encaminamos en dirección a la morada del ilustrado pedicuro, manicuro y profesor de masaje, señor Montes de las Torres.

—A.....adelante—nos responde una voz desde dentro.

Entramos.

Arrellanado en cómoda butaca de rejilla nos recibe—tiene confianza para todo eso—el tantas veces sacado a la vindicta pública con motivo de los progresos de su carrera harto modesta.

Juan Montes, al que sahumó repetidas veces el botafumeiro de la lisonja en las columnas de la prensa, ha respondido, dominando apenas su li-

gera y característica tartamudez, al saludo que le formulamos. Por intuición sabía, y así nos lo ha confesado ingénuamente, que andando el tiempo había de honrarse con la galante y amistosa deferencia de nuestros ditirambos.

Y sin dar tregua a que le preguntemos, nos dis para una entrecortada conferencia en una tarde enervante de mediados de estío, a la fresca sombra de unas enanas palmeras que a su espalda, en el amplio patio enlosado le abanicaban con aire solemne y majestuoso.

¡Hic Pedicuratorum Imperator!

* * *

Con un apretón de manos ponemos fin a la visita. Cuando abandonamos su casa nos llaman la atención en la puerta dos pequeños mármoles—no sabemos si de Carrara o del Pentélico— que le consagran como a héroe de discutida celebridad, con tanta fortuna que resucitara el de la Triste Figura a conquistar tal honra; y nos apresuramos después a apuntar aquellas noticias de importancia que den cuerpo a su silueta.

.....
Practicante de Medicina y Cirugía desde hace seis años; con destino en la Casa de Socorro, va en el ejercicio de su humanitaria profesión de triunfo en triunfo, cada día más apreciado de sus compañeros y solicitado constantemente por su numerosa clientela.

¿Qué extraño es, pues, que haya quien sostenga que el pedicuro de moda en Jerez llegará a gastar automovil con los años?

¡Y escudos y coronas y un cartapacio de heráldica en los pliegos de cartas! Ya los usa.

Sigilosamente, temiendo que por otro congénere le pudiera ser arrebatado de entre las manos, consiguió el lustroso nombramiento de *operador* de S. A. R. el Infante D. Antonio de Orleans, a cuyo servicio sigue con estimable provecho.

A posteriori visitó la villa y corte de la que regresó convertido de golpe y porrazo, nada menos que en masagista, con estudios cursados en el Instituto Rubio.

Ahora siente deseos de realizar una excursión a Nueva York.

Por adelantado le felicitamos vivamente. No tardará mucho en que le veamos anunciarse con un título más: el de callista y manicuro de la casa Wilson.

¿Y qué se propondrá que no consiga Montes de las Torres?

Siempre urdiendo atrevidas empresas, su cerebro trabaja sin descanso. Y emprende negocios que el hombre más osado no intentaría siquiera; y es a la vez comerciante y accionista en silencio. Se me ocurre asentarlo, Juan.

Entre tanto, a vivir, a llenar el arca, a disfrutar; una comilona.....y otra en seguida.....

¡Si no fuera por las congestiones!

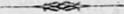
Erratas más principales.



<i>Página</i>	<i>Línea</i>	<i>Dice</i>	<i>Debe decir</i>
8	8	vive para todo	vive para todos
8	12	hallar al fin	hallar el fin
9	23	una de las guerreras águilas	cuna de las guerreras águilas
16	4	jerárgico	jerárquico
33	3	Iglesias de Jeree	Iglesias de Jerez
37	16	a las bellas cualidades	a sus bellas cualidades
38	24	pura él	para él
69	26	de su Exelencia	de su Excelencia
84	26	que le distingian	que le distinguían
88	1	en la retira	en la retina
88	11	exelente corrección	excelente corrección
88	27	hombres sinceros y laboriosos	hombre sincero y laborioso
89	1	duetenos	duélenos



ÍNDICE



	<u>Página</u>
Pórtico	5
Excmo. Sr. Marqués de Casa Domecq	7
D. Pedro Díaz López.	13
D. Patricio Garvey y González de la Mota	17
D. Antonio Roma Rubies	21
Ilmo. Sr. D. José Domecq	26
Ilmo. Sr. Dr. D. Severo Daza Sánchez	33
D. Manuel A. de la Riva	37
D. Pedro Luis Lassaletta	41
D. Tomás García Figueras.	47
D. Juan Gavala Laborde	51
D. Arturo Gordon	56
D. Miguel Barrón	61
D. Francisco Campuzano	66
Ilmo. Sr. Marqués del Salobral	71
D. Francisco Ivison	74
D. Francisco Merry	78
Ilmo. Sr. D. Manuel González de la Peña.	83
D. José Granados	87
D. Rafael Esteve	91
D. Fermín Aranda.	96
D. Marcelino Picardo.	102
D. Juan Bautista Bello	106
D. Juan Montes.	109

